

GRAN COLECCIÓN DE CUADERNOS ESPANTOSOS



*General Domingo Faustino Sarmiento
Guerrero de la Dependencia*

SARMIENTO MILITAR *(Para mal sarmiento, nada mejor que buena podadora)*

Textos, notas y comentarios de

JUAN PAMPERO

**EDICIONES DEL
ILUSTRE RESTAURADOR**

SARMIENTO MILITAR

(Para mal sarmiento, nada mejor que buena podadora)

PRIMERA PARTE

“Estos masones usurpadores, tan despreciados como aborrecidos, advenedizos, aventureros y miserables, aherrojaban la Patria so pretexto de libertad, la desangraban a título de robustecerla, conquistaban los pueblos en son de romper sus cadenas, y luego los despojaban con la ficción de regenerarlos. Mataban y saqueaban en gran escala y sistemáticamente con el fin de sustentar la efímera dictadura de su brutalidad, ineptitud y corrupción.”

HIPOLITO TAINE, *Revolution Française*, Tomo II, pp. 383 a 393.

El primer antecedente

En febrero de 1851 Sarmiento ha cumplido 40 años. Demostrando su plenitud física e intelectual hace reeditar *Civilización y Barbarie*. Han pasado seis años de la primera edición y ha regresado con mayor vigor sobre el tema. Pero nadie sabe, allende y aquende los Andes, por qué lo ha hecho, por cuanto en aquel ayer y hoy mismo, hacer una reiteración de este tipo es el símbolo del fracaso literario. Tal cual lo fue en su momento, que no llegó a cubrir los gastos de la impresión. Y nosotros tampoco, si vamos al caso, comprendemos este paso del sanjuanino que sabemos no daba puntada sin nudo, ni nudo sin puntada. Pero comparando la primera edición con la segunda, advertimos sorprendidos que Sarmiento ha suprimido directamente los dos últimos capítulos (un libelo contra Rosas excéntrico y fuera de tema); su oración para que la Divina Providencia bendiga las armas del General Paz, vencido y encarcelado por subversivo varios años atrás; un buen número de páginas interiores, y en otras ha purgado párrafos completos llenos de anacronismos. Argumenta don Alberto Palcos (*El Facundo*), y don Manuel Gálvez (*Vida de Sarmiento*) se hace eco de ello, que la reedición de *Civilización y Barbarie* fue para menguar los ataques virulentos que arrojara Sarmiento contra los unitarios en la primera edición. Es que las noticias de la inminente caída del Ilustre Restaurador es el comentario de la calle en Chile, y es posible que don Domingo no haya querido ahondar las diferencias entre unitarios y federales. O para ser sinceros: entre los mismos unitarios, partido al que no le conviene sacar lienzos ajenos al sol, por aquello de que “si me sacudes un trapo sucio yo te sacudiré ocho peores”. Sarmiento los conoce y no quiere tentar al diablo.

Unos treinta días después de este asunto, llega a Santiago la noticia de que el pronunciamiento de Urquiza es inaplazable. Y es aquí donde Sarmiento comienza a mostrar sus dotes de estrategia militar. Planea entonces una invasión a la Argentina por San Juan o Mendoza. Para ello cuenta en la capital chilena con sesenta soldados de línea y unos doscientos voluntarios argentinos que nadie sabe de dónde han salido; la adhesión de jefes como Videla, Aquino y Crisóstomo Alvarez; armamento convenientemente almacenado y mucho dinero que ha aparecido por adacadabra. Con esta pléyade de granujas, ladrones, desertores y perseguidos de la justicia, dirigidos por borrachos célebres como Pedro León Aquino, que es Coronel, Sarmiento piensa poner en jaque a la Confederación, cruzando el macizo montañoso como Aníbal, Napoleón o San Martín. Pero aparece la figura del doctor Guillermo Rawson que lo convence de no hacer aquel disparate: los federales tienen la mala costumbre de tomarse aquellas cosas a pecho y podrían separarle la cabeza del cuerpo en menos que canta un gallo.

Es que Rawson, que ha sido compañero de escuela de Sarmiento, a pesar de ser diez años menor que el Niño Prodigio, se lleva bien con el gobernador de San Juan, el General Nazario Benavídez, y se encuentra en Chile de visita como estudioso y no en calidad de refugiado político, como la caterva que allí habita. El también quiere la caída de Rosas pero por medios pacíficos: a esta actitud Sarmiento la llama “sistema flogístico de emolientes y cataplasmas”, porque él prefiere el método quirúrgico del “sangredo” (digo de puro metido: “sangrado” habrá querido decir). Mas cuando se entera de los planes del sanjuanino por su boca, se escandaliza y al final termina por disuadirlo. Sarmiento evocará con encono este encuentro que degeneró en un enfrentamiento, y por primera vez, recordará mucho después, que “no quiere que se lo contradiga en cosas de la guerra”, porque él “lleva diez años en esto”. Que en verdad no sabemos qué es “esto”, porque hasta ese momento ha pasado su vida de plumista pago, seguro bajo techo y no en campaña, detrás de un escritorio aburguesado, durmiendo en cama muelle, comiendo como un sibarita y tirándole pedradas a todo intrépido que se le arrime o cruce. La única agresión que pudo haber sufrido Sarmiento en esos años debe haber sido la de los mosquitos a la noche, que en Santiago son bravos. No hay duda: la de Sarmiento ha sido una guerra saludable y lo único que ha perdido es el cabello, porque él, además ha engordado.

Sin embargo al hurgar un poco más en este entredicho, nos enteramos que Rawson ha tratado en ciertos círculos y voz en cuello, lo que Sarmiento le dijera a la oreja, y ha tildado a la cruzada como “locura sublime”. Que hoy no suena tan mal, pero en aquella época era vejatorio y más para él, tildado en su pago de orate sin remedio. También el médico contaría del proyecto sarmientino al visitar Copiapó y Valparaíso, donde al enterarse la gente se burla y ríe de Sarmiento sin piedad, porque en verdad, no lo pueden creer. Al enterarse de este bochorno sus huestes en Santiago, llenas de coraje, han desaparecido paulatinamente, porque no quieren ser blanco de las hirientes chanzas populares. El plan mostrenco de Sarmiento ha quedado frustrado. El 30 de abril Rawson está de regreso en San Juan, y parece que allí también habría contado de la “expedición libertadora” de Sarmiento, lo que provoca hilaridad entre los oyentes. El Padre del Aula, jamás le perdonará este ridículo a Rawson que, al final de cuentas, le salvó la vida al ponerlo en vereda. Ahora, obligadamente, deberá reunirse con Urquiza que ya se ha sublevado en su pago, Arroyo de la China: en realidad es esto lo que le duele. Pero no le queda otra opción.

Los preparativos

Es ley en estas aporreadas costas, que todas las cosas que elaboran los liberales en perjuicio del pueblo se anuncien los días jueves o viernes. No lo digo yo, que hasta me han tratado de comunista, lo dice la historia. De esta manera los díscolos tienen tres o cuatro días para pensar lo que les puede pasar si se hacen los locos. Siguiendo esta ley, el jueves 1° de mayo Urquiza firma su “pronunciamiento” que, en realidad se da a conocer el viernes 2. Pero la noticia tarda en llegar a Santiago. Al enterarse Sarmiento brinca alborozado y en su delirio imagina que está derrotando a Rosas y que Urquiza lo convocará al Congreso con que sueña.

En uno de sus frecuentes raptos de megalomanía escribe: “Que gobierne Benavídez, con tal que el autor de *Argirópolis* (que es él) sea nombrado diputado al Congreso. Dígolo con convicción profunda. En ese Congreso, si tiene lugar, habrá un asiento vacío si no estoy yo. Echáranme de menos los pueblos, será incompleta y vacilante su marcha. Mi presencia dará a todos confianza.” Pero como esto, que es para la psiquiatría, le parece poco, agrega a renglón seguido: “Ese Congreso será subyugado por Urquiza, y creo que sólo mi presencia puede conservarle la majestad de la Representación Nacional.” Pero en realidad “los pueblos” lo ignoran. Esta es la verdad, y será el primer frentazo que se dará al llegar al Plata para comprobarlo personalmente. Y el Congreso que se reunió en agosto

de 1852 en Santa Fe, funcionará sin su presencia y más aún: nadie notará su ausencia. Para colmo el proyecto que servirá para el tratamiento constitucional lo ha redactado Alberdi, aquel feroz enemigo de las *Cartas Quillotanas*, en dos libros (aparecidos en mayo y agosto de 1852) que han sido éxitos de librería.

El día jueves 18 de septiembre amanece con una buena noticia para Sarmiento: Montt, su amigo personal y *Hermano* de Logia, ha asumido la presidencia de la república. Pero esta feliz circunstancia para un exiliado como él no lo distrae. Sólo piensa en embarcarse para concurrir al llamado que nadie le ha hecho. Y al finalizar este mes, o bien pudo ser en el primer día de octubre, viaja a Valparaíso con su mujer y su hijo que lo acompañan para despedirlo. Con él se marcharían seis compatriotas, entre ellos los coroneles Aquino y Wenceslao Paunero, y el Sargento Mayor Bartolomé Mitre que, en realidad no se va, porque lo echan, que es distinto: ha sido sorprendido en actividades subversivas para derrocar al presidente chileno. Y Sarmiento es la garantía de que Mitre se irá de Chile y no volverá más. Mitre no olvidaría nunca este gesto del amigo porque la pena que le correspondía era durísima por ser un extranjero. Ha intervenido la mano de Montt que prefiere esta alternativa antes que mantenerlo preso, vestirlo, darle de comer y verlo de vez en cuando. Y en verdad Mitre no viene: lo remiten, para que siga con sus andanzas tumultuarias en esta lozana tierra por la friolera de 55 años más.

El día anterior a embarcarse, el grupo hace una visita a la corbeta *Médicis* que los trasladará al añorado Río de la Plata. Cuando estaban haciendo la recorrida el Coronel Aquino se cae por una escotilla que estaba abierta: evidentemente el clarete chileno le estaba haciendo efecto. Pero aparte de llenarse de moretones no le sucederá ningún otro inconveniente.

Al embarcarse con su equipaje, deben trasponer una escalera de ascenso a la nave, donde un ceremonioso oficial les va tomando el nombre y apellido, que luego anota prolijamente en una planilla. Al pasar cada uno dice su nombre al que antepone su grado militar. El último de la cola es Sarmiento, porque va cuidando que Mitre no se le escape, y, al hablar, aventaja a su nombre el grado de Sargento Mayor, es decir, el que tenía Mitre. De manera que ya puede ver el lector si no hay algo de milagro en esto: un grado que se obtiene con 25 años de servicios militares sin interrumpir (de Portaestandarte a Capitán), Sarmiento lo ha obtenido en cinco minutos. Este es el primer antecedente militar que hemos encontrado del que después sería General Sarmiento. Finalmente el 2 de octubre, que también fue jueves, parte la *Médicis* en busca de aquel horizonte añorado por los viajeros. La suerte esta echada.

La Llegada a Montevideo

Entrada la noche del sábado 1° de noviembre de 1851, los viajeros pueden ver las luces del faro de la isla de Flores. Al otro día se preparan para desembarcar en Montevideo. Sus corazones están llenos de ansiedad porque ignoran qué pudo haber pasado en el Plata en este mes de navegación, realizada sin tocar puerto para hacer recalada.

Ahora, delante de sus ojos está la gran ensenada donde yace el puerto, y al fondo se puede observar el Cerrito, llena su cima de soldados. Se asustan por ello, o en otras palabras, estos soldados se asustan de ver soldados. Es como si un médico fuese a un hospital y se asustase de ver médicos. Sucede que no saben a quién pertenecen los soldados, si a Oribe o a Urquiza. Estaban en esta disquisición cuando se les acerca un batel a remo. Es de la Capitanía del puerto que viene a indicarles cuál será el lugar de anclaje de la *Médicis*. Le preguntan al oficial al mando del barquichuelo dónde está Oribe, y éste les responde lacónicamente: "En su quinta". Desconcertados inquietan sobre Urquiza y reciben como respuesta un sorprendente: "Se fue". Y sin saber lo que realmente

pasa en Montevideo se ponen a festejar sobre cubierta. Es el deshago del trance que acaban de pasar y que les dejó el corazón como una pasa de uva.

Al descender a tierra el grupo se disuelve y toma cada uno un rumbo distinto. Sarmiento, a quien nadie ha llamado, no sabe qué hacer. Es el único de los seis repatriados que nunca ha estado en Montevideo. Entonces toma una calle al azar, que resultó ser la que llamaban *Ancha* y, a poco de caminar se encuentra con una parada militar: son batallones enteros de italianos, franceses, vascos, alemanes y cuatro de negros africanos vestidos con uniformes que son un lujo. Son tropas mercenarias importadas por el Brasil para luchar contra el *Tirano Sangriento*, y puestas a órdenes del Marqués de Caxías que está formando el Ejército Chico. Y Sarmiento termina alojándose en un lugar que se cuida mucho de decirnos cuál fue, de donde deduzco pudo ser un cuchitril donde el piojo más chico debió tener el tamaño de una tortuga. De no haber sido así, él, en su delirio megalomaniaco lo hubiese dicho a troche y moche, para provocar ayer y hoy, la general envidia. Que en verdad nadie le tiene, simplemente porque nadie lo conoce.

Seguidamente Sarmiento nos cuenta que, enteradas altas personalidades de su presencia, se fueron a visitarlo. Digamos como un besamanos. Pero, ¿a dónde? ¿Al chiribitil? No. No puede ser. El fue a visitar a las personalidades, que es bien distinto. Y al único que menciona es a un ministro del Brasil cuyo nombre omite. Parece que Diógenes Urquiza, hermano del General, no lo quiso recibir. Esto le trae mala espina y arguye que algo se trama contra él. Sin embargo le escribe a Montt: “todos presienten que hay un rol que me está reservado, y mi llegada parece que cubre una necesidad.” Por ahora, y en lo contencioso, lo único que ha cubierto es la cama de la pensión, donde para lavarse cuatro hay un cántaro y una sola palangana.

En las tertulias de Montevideo, donde menudea el vino en jarra, ha escuchado hablar pestes de Urquiza. El entrerriano estuvo, con 3.000 veteranos, un mes cerca de la ciudad, a la que no quiso entrar por considerarla “una cueva de traidores”. Prefirió su tienda y el catre de campaña, rodeado por sus soldados, antes de codearse con los burgueses sibaritas. Allí, amarguando en su carpa, recibía como Facundo, a los que quisieran verlo. El no llamó a nadie. Por la noche el General se queda con un terrible mastín al que llama *Purvis*, que es el apellido de uno de los representantes ingleses. Este asunto disgusta a Sarmiento. Para colmo el perrazo tiene la costumbre de morder y solamente lo detiene la voz de su amo. Pero hay ocasiones en que la voz del éste ha llegado tarde. De manera que quien quiera visitar a Urquiza tiene que pensar en qué le va a decir y pasar, previamente, por *Purvis*, que tiene la mala costumbre de no distinguir las jerarquías y les manda diente sin asco, sea canilla, lomo, costillar o vientre.

Pero lo que más le molesta al sanjuanino es que Urquiza está empeinado en hacer usar a todo el mundo la cinta rojo punzó. Se le ha olvidado que él en su *Memoria*, de fines de 1845, preconizaba lo mismo. Pero en fin, nadie es perfecto en este mundo. Y son estas y otras las razones por las que Sarmiento decide no ir a Entre Ríos para entrevistarse con Urquiza. Sin embargo habría de terciar Alsina que no quiere el más mínimo disentiendo entre los unitarios, y por ser conocedor de la bolsa de gatos que maneja, le aconseja que vaya “a fin de inspirar confianza a nuestros amigos”. Por otro lado Vicente López tiembla al pensar que el carácter de Sarmiento se estrellará contra usos y costumbres que lo chocarán, pero también le aconseja que vaya de visita, porque Urquiza, en el fondo, “es un hombre manejable”, y el secreto está en satisfacer con palabras su egolatría y en el arte de darle ideas, que luego el Caudillo tomará como genialidades suyas. La única recomendación que no le han dado es sobre cómo manejar la ferocidad de *Purvis* que “muerde horriblemente.” Entonces se resuelve a viajar al Entre Ríos.

Sarmiento se va para Gualeguaychú

Se entera que en el puerto de Montevideo hay un barco que transportará unos mil soldados hasta Gualeguaychú. Son hombres que hasta ayer mismo habían servido al Restaurador. Sarmiento aprovecha la ocasión y pide sumarse a la comitiva, lo que le es concedido de inmediato. Con esta sufrida hueste federal Sarmiento debe convivir. Dice que aquellas presencias no le causan aversión, pero que lo hacen sufrir: es el costo de viajar sin pagar el pasaje. Matiza estas meditaciones contemplando la voluptuosidad del paisaje. Jamás ha navegado por el río, el que le parece anchísimo, y va descubriendo los arenales blancos en las playas y las densas maniguas que los bordean. Con un anteojo que le han prestado busca afanosamente la isla de Martín García hasta que la encuentra y saluda, pareciéndole “artística y acompasada”.

Pasa el Paraná Guazú y el Pavón, hasta que, haciendo unas veinte leguas por el Río Uruguay al norte, desembarca por fin en Landa, que no es más que un atracadero de tablas. Lo hace en hombros de soldados entrerrianos porque, al parecer, no sabe nadar y le tiene terror al agua. Pide caballos para seguir pero nadie le lleva el apunte, hasta que dice quién es y a qué ha venido, entonces todo se le allana. Pasa la noche en un rancho donde las pulgas, siempre irrespetuosas, hacen su agosto en aquel cuerpecito destinado a las altas magistraturas. Al amanecer parte para Gualeguaychú, que entonces no es más que una villa en formación, distante a unas dos leguas más al norte entre esteros y bañados. Al llegar se entera que Urquiza está en la Casa de Gobierno, que no es otra cosa que una casa de familia habilitada para esos fines. Se hace anunciar y Urquiza le manda a decir que lo espera. En verdad el General ya sabe, por los chasquis de guerra de la noche pasada, que entre la tropa viene un “galerudo” y conoce de él todos los detalles. Pero a Sarmiento la emoción lo embriaga pensando que lo sorprenderá. Se encontraría con “el hombre de la época, el dispensador de fortuna, gloria y empleos.” Y Urquiza se hará el sorprendido que lo encontró trabajando.

Aunque de haber existido mi alma en aquella época, se encontraría en alguna batería de Chilavert en Caseros, baqueteando cañones y trozando fierros para hacer metralla, me hubiese gustado presenciar este encuentro que, seguramente, no tuvo desperdicios. Porque Sarmiento cree que representa la cultura de su tiempo, que es la cultura europea, las letras y el periodismo, siempre sufragado, parlanchín e irresponsable, pero que tienen el poder de dismantelar los espíritus más arriscados. Urquiza es el lo gaucho, lo bruto e incivil, lo visceral e instintivo. Sarmiento, junto con Valentín Alsina y Vélez Sarsfield son figuras civiles de relevancia de aquel tiempo: de corbatas abullonadas, respetables, solemnes, con giba y mediocres sin abuela: ni una idea ilumina sus sesos que no tenga dueño, ni dicen una palabra que otro no la haya dicho antes. De cosecha propia, nada. Y cargan sobre sí una virtud admirable: transitan vestidos como los ingleses en plena entrada del verano en Entre Ríos, cuando la mayoría de la gente anda en cueros y buscando una sombra para guarecerse. Sarmiento describe minuciosamente a Urquiza que está vestido de poncho de hilo blanco de campaña, siempre con el sombrero puesto y tirado un poco hacia delante lo que le obliga a levantar la cabeza como desafiando al interlocutor; pero su personalidad no despierta en el Padre del Aula cualidad alguna. Nada bueno y nada malo de mención ve en el Caudillo.

El primer encuentro de Urquiza con Sarmiento

Urquiza recibe a Sarmiento “con la distinción imaginable”, le cuenta éste a Jacinto Peña en una carta. Se inicia la conversación que degeneraría en un monólogo de Sarmiento, porque Urquiza debe comprender que él es un gran hombre que ha luchado contra el *Tirano* y ahora viene a ponerse a su disposición. Este Sarmiento contado por él mismo, aquel que alardeaba de su carácter, de su arrogancia ante los déspotas, se empequeñece ante Urquiza y comenta resignado: “era preciso anularse en su presencia”. Pero se

justifica diciendo “que eso le hace bien al país”. En realidad se arruga como el pantalón de gringo que viste, porque su ambición es mayor que cualquier cascote que se le cruce. Y por más megalómano que sea no se anima a decirle que desea prestar sus servicios como militar. Es que Sarmiento es un delirante que delira cuando cuadra la ocasión. O cuando lo dejan.

Urquiza que llegó a callarse por la verbosidad de Sarmiento contándole su biografía, lo interrumpe de repente y le hace una pregunta que huele a caucho quemado: “¿Qué piensa hacer usted?” Sarmiento no aguardaba este domingo siete; esperaba que después de su exordio viniese la banda de música a tocarle el Aleluya y no apareció ni un pífano. Sobreviene un silencio estremecedor. Y Sarmiento le contesta con la verdad: en realidad no sabe qué hacer y que a lo mejor regresaría a Montevideo. Entonces el entrerriano le tira una bolsa de adoquines para que flote al agregarle que “esa idea le parece bien”. Que es lo mismo que pellizcarse con una tenaza sin filo para que duela más. Así terminó este diálogo, o monólogo como ya he dicho, con un Sarmiento que pensaba salir, conforme a los grandes méritos que él creía tener, con el grado de Coronel, por lo menos, y no recibió ni el grado de escribiente de segunda para cebar mate.

¡Cuánto dolor hay en este desenlace! Siempre los militares, de puro brutos, ¡cómo matan la ilusión de la gente! Sarmiento no sabe y aparentaría no saberlo jamás, que en la milicia, por lo menos aquí, se empieza siempre de abajo, del último puesto del escalafón, cargando la mochila de 40 kilos, el fusil que pesa 5 y mucho, mucho barro, poco sueño y bastante hambre para estar en silueta, y de allí se van ganando los grados que tacaños se conceden cada cuatro u ocho años, jamás se regalan, siempre y cuando un balazo no mande al candidato al pago de donde no se vuelve. De manera que ser militar es muy fácil. Sólo hay que hacerlo.

Sarmiento queda en una encerrona. Por un lado no tiene ningún buque que lo regrese a Montevideo por lo que deberá esperar. Por el otro, van a hacer 48 horas que no echa un bocado al estómago y las tripas le duelen, haciendo borborigmos como un ferrocarril de contramano. Urquiza se fue a almorzar una vaquilla con cuero con la tropa y ¡no lo ha invitado! Más aún: ¡ni agua le ha ofrecido para remojar el gañote seco como una teja! Y, finalmente, recuerda que se ha mandado hacer un uniforme de Coronel con un sastre de Montevideo, ¿qué hará con él? ¡Si se enterasen sus amigos chilenos! Deambulando por las callecitas polvorientas de Gualeguaychú los niños, siempre atrevidos, lo rodean dando gritos; es que las criaturas nunca han visto un esperpento vestido así y pensarían que pertenece a algún circo. Camina un poco más y se da con don Angel Elías, el secretario de Urquiza, que lo andaba buscando para decirle que el General se ha fijado que él no lleva la divisa punzó en su vestuario. Sarmiento entra en conflicto consigo mismo: si no se pone la divisa, no puede volver; y si se la pone, todo está perdido.

Segunda y tercera entrevistas

Al otro día vuelve a pedir otra audiencia con Urquiza. El Caudillo acepta recibirlo y Sarmiento decide, a último momento, no llevar el cintillo punzó. “Su Excelencia”, como él llama a Urquiza en sus escritos, lo recibe más cordialmente que el día anterior. Le cuenta pasajes de su vida y le dice que al terminar la campaña se retirará a su casa en Arroyo de la China. Entonces Sarmiento habría replicado con un gran discurso en donde le dice que la victoria le traerá obligaciones, por lo que debe proseguir amparando al nuevo gobierno que se instalará. Como a esto lo cuenta don Domingo, no sabemos que le contestó don Justo José. Pero al anochecer de aquel día recibe de Elías la intimidación de colocarse la divisa punzó, porque el General le ha dicho “que es la segunda vez que se lo manda decir” y parece que el sanjuanino es sordo, aunque en verdad lo es un poco y nadie lo sabe.

Siguiente a este día hay una tercera entrevista con Urquiza que parece tener cierta intimididad. Aprovechando uno de estos espacios más distendidos, Sarmiento le ofrece sus servicios. El General los acepta y, en lugar de darle el mando de alguna división aguerrida, le encarga el Boletín del Ejército y de llevar una imprenta. Sarmiento acepta el puesto gustoso. “A indicación suya –le escribe a su amigo Jacinto Peña-, resolví acompañarlo en la próxima campaña al mando ostensible de una batallón de prensas volantes.” Al caer la noche alguien le dice al oído que el General está muy disgustado porque no lleva la divisa punzó. Sarmiento responde que a él no le interesa porque a la madrugada regresará a Montevideo. Pero no se irá sin arreglar antes este asunto, porque si no, ¿qué le dirá a la caterva que lo espera anhelante en Montevideo?

Pero, ¿cómo resolver este acertijo con cierta dignidad? Entonces se le ocurre mandarle a Urquiza un retrato del General San Martín, a quien Urquiza ha admirado toda su vida, con una carta donde está impresa a modo de lema, una frase del Pacto Federal. Sin necesidad de usar el cintillo es una declaración de federalismo, y así se lo dice por carta a Elías para que éste, a su vez, se lo cuente a Urquiza diez minutos después. Al Caudillo le gusta la idea de hacer propaganda y ordena que esa frase se imprima en todos los papeles oficiales y en los pasaportes.

El 18 de noviembre le escribe Urquiza reiterándole que se incorpore al Ejército y reconociendo que él está en campaña desde muchos años atrás “combatiendo con sus escritos al tirano de nuestra patria”. Y, aunque no se crea, esta misiva le cayó mal al Padre del Aula. La carta en sí es una ratificación de lo conversado, pero Urquiza no se imagina, ni remotamente, de las ínfulas de Sarmiento que no son literarias, si no de conductor, estratega y aconsejador. Otra carta que recibe ese día es de Elías, que le sugiere no tomar a mal lo de la divisa punzó, porque es una orden para uniformar y valedera para todo el mundo. “Yo no aconsejaré a nadie que la lleve – le responde Sarmiento en tono indulgente-; como militar me la pondré; como ciudadano, nunca.” Lo que creo el buen lector deberá interpretar así: Urquiza busca la conciliación con Sarmiento porque conoce muy bien lo volátil que es la sarta que habita Montevideo, y sabe que una fisura puede terminar en grito, antesala del cañadón divisorio de las aguas; y a su vez Sarmiento lo pone al entreterriano entre la espada y la pared: si quiere la divisa punzó, que lo haga militar y si no, como ciudadano, seguirá vistiendo sin ella. No lo hizo militar y lo dejó en ciudadano.

Esa noche, como en todas las noches, hay bailes en Gualeguaychú. En verdad, desde que está Urquiza no faltan bailes en las anochecidas de la ciudadela, porque la danza en Entre Ríos ha sido elevada a la categoría de institución pública. Pero hay dos clases de estas algazaras nocturnas: la de las señoras gordas y paquetas que se hace en la Casa de Gobierno, y la de las chinitas flacas y jovencitas, que no tienen un lugar fijo, y por eso cada mañana se avisa dónde será el domicilio del próximo fandango, siempre arrabalero. Al baile de las señoras se concurre de uniforme o de frac. Al de las chinitas de poncho como andan ellas. Pero la mayoría de las chinas debajo del poncho no tienen nada, ni la hoja de parra bíblica que la han perdido en algún encuentro amistoso. Sarmiento asiste de frac al de las señoras, pero como se aburre, secretamente pide prestado un poncho y se va con las chinitas, siempre querendonas, y baila la contradanza con una flor del pago, pero se retira temprano. A pesar de tener tan sólo 40 años, buena salud y cierta agilidad, Sarmiento parece un vejestorio descolorido: junto con el pelo que se le cayó de la cabeza, se le fue la pinta que no volverá más. De allí es que Urquiza, que estaba más tiempo con las chinitas jóvenes con olor a guiso carrero en el pelo que con las señoras gordas bañadas en agua florida, al verlo haya dicho sorprendido: “¡Véanlo al viejito bailando!”

El regreso a Montevideo

Después de seis días de estancia Sarmiento se aleja de Gualedguaychú. La nave que lo conduce río abajo, hace una breve escala en Martín García que el viajero aprovecha para conocer la isla. Por fin llega a Montevideo, pero ya no se alojará en el viejo cuchitril que lo viera aterrizar un mes atrás. Se hospedará en la casa de Vicente Fidel López: es que Dios omnipotente, al juntarlos de esta manera, trabaja menos, y el diablo carga con ellos. Para eso es diablo. Cuando Sarmiento le cuenta a López que se marchará con el Ejército en campaña, el amigo no le cree. Esto le duele al Padre del Aula, precisamente porque es la verdad: no le han dado el alto cargo militar al que él aspiraba y al sastre que lo llama cada rato para probar el uniforme, no lo quiere ver. Ha quedado desairado. Pero no hubo maldad en esto, simplemente Urquiza no cree en los talentos militares de Sarmiento, ni nadie, como su amigo López, con excepción de él mismo, que de la noche a la mañana abrazó este berretín de hacerse militar que, desgraciadamente, habría de durarle muchísimos años.

En esos primeros días de diciembre se ocupa en estudiar un *Plan de Operaciones contra Rosas*. Pero como no tiene idea por dónde comenzar, recurre a Paunero, otro desocupado que, casualmente, está en salmuera como él: Urquiza lo ha nombrado como agregado al Estado Mayor. Es decir: para que diga el presente y tenga un lugar donde cobrar el sueldo. “Otras funciones empero –le escribe a Jacinto Peña- me están reservadas, y, asociado con Paunero, debemos formar el Estado Mayor del Ejército.” Lógicamente que el Coronel Paunero debió ignorar lo que su amigo andaba diciendo irresponsablemente, porque si se hubiese enterado Urquiza de semejante indisciplina los hubiese echado a los dos sin misericordia. Si no les pasaba algo peor. Ahora bien: ¿acaso imagina el lector lo que debe haber sido el *Plan de Operaciones* ideado por Sarmiento? Sí: para revolcarse en el colchón de risa. Lamentablemente se ha perdido.

Paralelamente a este *trabajo* de Estado Mayor, Sarmiento mata el tedio montevidiano “*incorporándose*” dice él, aunque confusamente, al Batallón del Coronel Lezica. Pero creemos que estuvo en la unidad en la calidad de visita, invitado u observador, porque no figura en las listas de revista. Y nunca pudo figurar porque todo movimiento del personal militar tiene que tener una procedencia, es decir la documentación que acredite su alta, el grado que ostenta, en qué situación se incorpora y dónde prestará servicios. De esta manera el Ejército sabe dónde se encuentra, en cada instante, hasta el último recluta recién incorporado. Y Sarmiento no tiene procedencia porque no tiene estado militar: no viene de ningún lado y no puede ir a ningún otro. Militarmente no existe.

Cuando se encontraba armando estas patrañas le llega la orden del General de comprar una imprenta. ¡Qué tarea! ¿Conseguir una imprenta en Montevideo en diciembre de 1851? Busca y rebusca, pero finalmente consigue una, un poco vieja y destartada, que podría cumplir con el objetivo. Haciendo la salvedad que solamente conocen su manejo los cuatro operarios que ya tiene, de manera que incorpora a estos cuatro individuos a sueldos, que no sabemos quién se los pagará. Así como no dice Sarmiento quién pagó la imprenta que fue de contado, aunque el precio fue aceptable. Y hecho esto se embarca en el *Blanco* para Colonia, donde el marqués de Caxías está acantonando el Ejército Chico junto con el Almirante de la escuadra brasilera.

En Colonia se hace el trasbordo de Sarmiento, la imprenta y los operarios al buque de guerra *Affonso*. En una recámara especial el Almirante aloja a un ramillete de alélies integrado por Sarmiento, Mitre y Paunero. Inmediatamente los barcos, que son siete en total, inician su lenta marcha por el Río de la Plata hasta la embocadura del Uruguay. Allí entran por el Paraná Guazú. Al otro día divisan la Vuelta de Obligado y las barrancas del actual San Pedro. Ellos esperaban recibir allí un copetín, pero no ven un solo soldado. ¿A

dónde estarán? Siguen entonces hasta que se dan con las fortificaciones que en Tonelero ha mandado a construir el General Lucio Mansilla.

Es el día miércoles 17 de diciembre de 1851, fecha augusta de las glorias argentinas. El Almirante extranjero manda a toda las tripulaciones a bodega, e invita a Sarmiento, Mitre y Paunero, como Oficiales Superiores, a permanecer a su lado en cubierta. Pero les aconseja que se vistan de uniforme. Sarmiento se coloca el suyo que le ha hecho el sastre de Montevideo, porque al subir al *Affonso* le ha dicho al Almirante brasilero que es Coronel. O sea que en 47 días ha pasado de Sargento Mayor a Coronel: no se diga que no es vertiginosa la carrera del hombre. Envidiable. Mas al acercarse a Tonelero, las naves deben desfilarse de una frente a las baterías allí instaladas por el General Lucio Mansilla. Según éste tardaron en desfilarse, de la primera a la última, 55 minutos. En ese tiempo recibieron 800 cañonazos que dejan los cascos a la miseria, pero sólo ocasionan tres muertos y dos heridos. El objetivo se ha cumplido: para esas naves la guerra ha terminado. No sirven más. En el parte de combate, el Almirante brasilero, lloroso por demás, menciona a los tres argentinos y, como hemos dicho, a Sarmiento le otorga el grado de Coronel.

Malheridos y a los tumbos, porque algunas naves vienen haciendo agua, divisan las barrancas de Rosario. Ellas están coronadas de rojo: son soldados de la Federación que pronto habrán de sublevarse en contra el Restaurador. Hay un estremecimiento porque se imaginan otra zurra, pero los federales los dejan pasar indiferentes. Y así llegan a Diamante donde Urquiza se apresta a cruzar el Paraná.

Sarmiento ha recibido su bautismo de fuego. Esta acción, juntamente con las ya citadas, son los antecedentes militares que Sarmiento irá sumando cada vez que reclama un grado. De todas maneras estos antecedentes, hinchados por él, jamás pasaron de una carilla.

SEGUNDA PARTE

“Los socios iniciados en la masonería no están todos al tanto de las perversas intenciones que se disfrazan a menudo con las más hermosas apariencias. Sólo los espíritus mediocres se dejan prender en esta trampa. Es cosa indigna de un hombre inteligente y de corazón, cooperar a la ejecución de un plan que les es desconocido, siendo desconocidos también sus jefes.”

Barón ADOLFO de KNIEGGE, citado por Andrés Cassard en su *Manual de la Masonería*, Tomo II, pág. 485, año 1873.

La llegada a Diamante y una noticia inesperada

Calculamos que en la madrugada del viernes 19 la pequeña armada brasileña arriba al Diamante. Del puerto Sarmiento se fue a ver a Elías directamente. Se encuentra que tiene para él una novedad desagradable: el General ha decidido no llevar la imprenta porque las marchas serán muy rápidas. Acogojado, porque piensa que no será de la partida, al otro día pide una audiencia con Urquiza. Inventa un pretexto y lo invita a ver la imprenta adquirida. Pero he aquí lo inesperado, el caudillo encuentra a la máquina grande y pesada y le reprocha al sanjuanino el precio que ha debido pagar. Sin embargo a nosotros, y a tal distancia de estos hechos, nos queda una duda que ni el mismo Sarmiento aclaró: ¿quién pagó la imprenta? ¿Acaso fue Urquiza, a quien cada vez que se le sacaba un peso había que hacer decir una misa cantada en acción de gracias, o fue Sarmiento con la plata de Benita desde Chile la que sufragó el coste de la máquina y las mensualidades de los cuatro empleados?

Años después, cuando Sarmiento abandonó a Benita, ésta se quejaría de haber sido saqueada por el sanjuanino en su fortuna personal y la heredada de su anterior esposo difunto. Entonces ya había muerto Dominguito, su único hijo, en Curupaity (22 de septiembre de 1866), incitado por Sarmiento y su “padrino” Mitre para alistarse en la lucha contra el “tirano López” del Paraguay. Benita habría de quedarse sola en Buenos Aires, abandonada por su esposo y virtualmente en la calle sin un peso.

Los primeros boletines

En la madrugada del miércoles 24 de diciembre, vísperas de la Natividad, comienza el cruce del Paraná por el Ejército Grande al mando de Urquiza (22.000¹ hombres y 55.000 caballos). En la actual Coronda, costa santafesina, se encuentra él en persona desde las tres de la mañana, presenciando la travesía rodeado de su Estado Mayor. El día 25, desde Diamante, Sarmiento relataría en su tercer boletín esta travesía de alrededor de 30 kilómetros haciendo callejón entre las islas. Es la misma, decimos nosotros, que la costanilla hecha por Pancho Ramírez en 1820 cuando se disponía a invadir Buenos Aires. Sin embargo, el primer boletín lleva fecha 11 de diciembre y habla de las deserciones en el ejército rosista. El segundo relata el combate en Tonelero. Prueba evidente de que ambas fechas son apócrifas.

El viernes 26 Sarmiento se ha quedado casi solo en Diamante, aunque todavía restan cruzar algunos carros de subsistencia y equipaje, cuando llega la noticia de la caída de Santa Fe con la huida del Gobernador Echagüe hacia Buenos Aires y de la revolución en Rosario. De inmediato hace imprimir el cuarto boletín con estas dos noticias. Pero decidido y sin contar con ninguna autorización, embarca la imprenta en el *Blanco* que está haciendo recalada en el precario muelle de tablas y se dirige aguas abajo hasta Rosario. Mientras navega hace imprimir dos boletines más que llevan las proclamas de Urquiza.

En Rosario se aloja con la imprenta en la casa del Coronel Santa Coloma, el héroe de la batalla de Quebracho contra la escuadra anglo-francesa, jefe leal a Rosas y a la Federación, hasta su cruel e injusta muerte, que ha huido con rumbo a Buenos Aires. Sin ningún reparo usa todos los enseres de la casa, incluido el lecho matrimonial del prófugo y hace quemar las ropas interiores y vestidas de la esposa del Coronel. Mientras tanto Urquiza ha venido marchando desde el norte (por la actual Ruta 11) y se detiene para hacer vivac a unos 15 kilómetros al norte de la ciudad (entre las actuales Granadero Baigorria y Capitán Bermúdez). Al día siguiente Sarmiento se entera, pide un caballo y se va a entrevistar con el General. Allí le da cuenta de la edición de los boletines. Urquiza los lee. Le gustan, sobre todo porque cada cuatro palabras, aparece su nombre. Sarmiento ha sido hábil en este detalle. Urquiza está contento porque es popular con su nombre y sus palabras. Como le diría a Victorica “ya estoy en la posteridad”. Pero todo el mundo sabe que lo urdido por Urquiza es una traición y la traición nunca fue popular.

Sarmiento ha concurrido a la entrevista con el General luciendo su flamante uniforme de Teniente Coronel (o Coronel, que se ve era indistinto). Urquiza, que vestía pantalón rojo-punzó, botas altas charoladas, un impecable poncho blanco y pañuelo negro al cuello como usaban los pastores protestantes, se encontraba sentado en una silla de lona. El caudillo se restrega los ojos: no puede creer el esperpento que está viendo. Se ríe de su aspecto pero nada le dice. Tampoco le menciona el grado militar obtenido de la noche a la mañana. Mientras conversaban en la tienda ha comenzado a llover. Sarmiento aprovecha para despedirse y al poner en su calva mollera su sombrero coronado de plumas. Urquiza le dice: “Vaya con cuidado, no vaya a ser cosa que se le mojen las plumas” y suelta una risa hiriente que lo hace rebotar en su estera.

Al salir de la carpa siente, tras sus espaldas, las carcajadas de los oficiales, suboficiales y tropa, todos soldados hechos a la que te criaste, que festejan los dichos del Caudillo. Se ríen cruelmente de su aspecto que les resulta tan extraño. Le duele esto a Sarmiento. Se siente como es: un disfrazado de militar. Los llama “bárbaros” en su interior. Y lanza uno de sus brillantes pensamientos: “Mientras no se cambie el traje del soldado argentino, ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá, no habrá ciudadanos.” Se le olvidó que el soldado hace al uniforme, pero el uniforme no hace al soldado. Mas él no podía entender esto porque nunca fue soldado.

- (1) Entre estos 22.000 efectivos que conformaban el Ejército Grande se encontraba un contingente de 10.000 paraguayos que Carlos Antonio López (Presidente del Paraguay de 1844 a 1862) le enviara a Urquiza para luchar contra “la tiranía sangrienta” de Rosas y, de paso, le reconocieran al Paraguay su condición de nación independiente. Por entonces su hijo Francisco Solano López era un jovencito de tan solo 15 años. Unos 14 años después, Mitre con el aplauso de Sarmiento y la masa de los exiliados de Montevideo, devolverían esta atención desatando una guerra de exterminio contra el pueblo paraguayo (de un millón de habitantes, quedaron vivos 200 mil y, de ellos, sólo el 12% eran masculinos). En Cerro Corá moriría heroicamente Francisco Solano (el 1° de marzo de 1870), lanceado por jinetes brasileños, los mismos que lancearon con la ayuda paraguaya a los soldados de Rosas en Monte Caseros “para vengarse de Ituzaingó” (como diría el Marqués de Caxías que, precisamente, era el Comandante en Jefe del Ejército Aliado con asiento en Asunción cuando asesinaron al Caudillo paraguayo y a sus hijos).

El Ejército Grande comienza a moverse

Es el día martes 6 de enero de 1852. El Ejército Grande comienza a moverse con su vanguardia desde el campamento de El Espinillo, como a dos leguas al sur de Rosario, hacia la provincia de Buenos Aires. El fin de semana anterior Sarmiento ha recibido otro baldazo de agua helada: como las marchas serán muy rápidas el General ha dispuesto que no se le entregue carreta para el traslado de la imprenta. Sarmiento entra en crisis. Como en Diamante, está a punto de quedarse afuera de la empresa. Desesperadamente sale a comprar una: ¿otra vez actuaron los dineros de Benita? No lo sabemos, pero estamos seguros que esta vez Urquiza no le dio un peso.

Por fin encuentra el armatoste y la carga con la imprenta, los empleados y todos los trebejos de ella. Parte el miércoles 7 con la columna centro del dispositivo de marcha y el 9 llega a Cañada Cabral. El día 10, Urquiza recibe un duro golpe: los soldados de la División Aquino que prestaron servicios en el ejército de Oribe se han sublevado, degollaron a su jefe y a marchas forzadas se dirigen a reunirse con Rosas. El Coronel Aquino es el único de los emigrados venidos de Chile al que Urquiza le ha dado mando efectivo de tropas. Mucho más tarde se supo que Aquino fue recomendado por Sarmiento cantando loas de él. Urquiza le reprocharía esto llamando al viejo unitario Coronel Aquino “pícaro” y “borracho”. Lamentablemente las dos cosas eran ciertas. Sobre todo la última.

El sábado 17 Sarmiento se encuentra frente al Arroyo del Medio. El 18 lo cruzaría: ha entrado a la provincia de Buenos Aires, los dominios del Restaurador. Se avanza sin resistencia. Otro sábado, el 24, el boletín ha llegado a la Cañada de los Toros. Dos días atrás han caído en poder de las fuerzas de Urquiza las ciudadelas de San Nicolás y Pergamino. El 25 se produce el pronunciamiento de San Pedro y el 26 los imperiales brasileños han chocado con las avanzadas de Rosas en la laguna de las Toscas: al parecer no les fue tan bien. El 27 el ejército ha tenido a la vista los regimientos de la Confederación pero no hubo ni una escaramuza. El 28 Sarmiento anota en su boletín algo que ya se hace insostenible ocultar: la gran cantidad de desertores que tiene el Ejército Grande desde el día en que se produjo la sublevación de Aquino. Al día siguiente llegan a Luján donde los pobladores los reciben fríamente.

El viernes 30 de diciembre la vanguardia del ejército rosista es derrotada en los campos de Alvarez. El triunfo moraliza al Ejército Grande y disminuye sensiblemente la deserción. El 2 de febrero la vanguardia, a la que se ha incorporado Sarmiento el día anterior, cruza el Puente de Márquez. Rosas con el grueso de sus fuerzas permanecen en el campamento de Monte Caseros (actual Partido de Morón). Urquiza con su Estado Mayor se dedican todo ese día al planeamiento del encuentro que, al parecer, es inminente.

El cuarto antecedente: Caseros

¿Cuál ha sido la participación de Sarmiento en Caseros el martes 3 de febrero de 1852? La descripción de la batalla se encuentra en el boletín número 26 y según su autor es una “novela muy interesante que tuvimos el honor de componer entre Mitre y yo.” En realidad en Caseros se combatió poco. Las unidades de Rosas se desbandaron. Algunas sin tirar un tiro. El centro de gravedad del ataque lo llevaron adelante los brasileños y los orientales. Los argentinos de Urquiza tuvieron escasa participación con un riesgo casi nulo. Pero, ¿a dónde estuvo Sarmiento?

Dice Sarmiento que en cuanto se inició la batalla, buscó al batallón de orientales del Coronel Lezica, colocándose en “lugar donde no pudiera estorbar”. Otra prueba de que estaba sobrando y que fue sólo un espectador. Pero no al frente de la tropa alentando, sable en mano, a los soldados a la lucha como dice su nieto. Digamos que se colocó en un lugar donde todos lo vieran, como un cartel de propaganda, que para él era lo más importante en ese momento. Un “lugar bien aparente” como el mismo Sarmiento lo relata. De esta manera llegaron a “la casa”, que suponemos era el casco de San Benito o alguna de sus dependencias abandonadas. Allí tuvo la suerte de que llegara el General Virasoro. Sarmiento sale a recibirlo sable en mano y “le da los parabienes por la victoria”. Es importante que Virasoro lo vea, porque es como si lo viese el mismo Urquiza, además de ser un testigo presencial al que podría acudir en el futuro.

Seguidamente Sarmiento relata un suceso verdaderamente extraño. Dice que el General Virasoro lo mandó a ocupar la batería del Coronel Chilavert y después a buscar una división de caballería. Todos sabemos del comportamiento heroico de Chilavert en Caseros. Ya no existe persona que discuta esto. Por un lado nos imaginamos a Sarmiento atacando a las baterías de este insigne soldado que no permitió, hasta el último cañonazo, que ni las moscas se le arrimen. Un dislate. Por el otro tratamos de hacernos a la idea de un Sarmiento buscando una división de caballería a pie en medio del campo principal de combate. Hay cosas que mueven a risa. Entonces nos hemos dado en pensar que Virasoro estaba loco o bien que, una vez más, Sarmiento nos ha mentado. La prueba de ello es que la posición de fuego de Chilavert nunca fue tomada, sino rendida por su jefe que había agotado la munición, y la división de caballería en ningún tiempo fue encontrada por el sanjuanino, según él mismo lo dice, porque no existía.

Días después de Caseros, Mitre publicaría una carta en donde narrara que Sarmiento se batió “con honor en Monte Caseros”, donde habría cargado sable en mano sobre las posiciones enemigas. Estas palabras de su amigo serán repetidas insistentemente por Sarmiento, si bien con los años les fue agregando pequeños adornos de su cosecha. Así resucitará el hecho en sus *Memorias*, donde nos cuenta que sin tener siquiera el mando de un pelotón cargó sable en mano, prácticamente solo, contra nueve piezas de artillería “que no vomitaban, por cierto, confites sino vizcaínos.” ¡El sólo contra nueve cañones que tiran virotes y casi 120 artilleros, armados a su vez con tercerolas, pistolas y grotescos machetes que de solo mirarlos causan espanto y dispuestos a no dejarse arrebatar las piezas si no era con la muerte! ¡Cielo Santo!

Sin desmentir las palabras de Bartolomé Mitre, nosotros pensamos que ésta no fue la persona más indicada para hablar del heroísmo de Sarmiento. Por lo menos éticamente. Recordamos que en el intento de golpe de estado del 9 de abril de 1851, llevado a cabo

en Chile contra don Manuel Montt, Mitre tomó parte activa entre los revolucionarios, matando soldados chilenos, como antes lo había hecho con uruguayos primero y con argentinos después. El gobierno chileno, personificado en el general Bulnes y su Estado Mayor, se había enterado de esta participación. Comienza la cacería del hombre que se transforma en prófugo. Es decir, la misma condición con que había llegado a Chile unos años atrás: con captura recomendada.

Sarmiento que ha refugiado en su chacra del Yungay a varios fugitivos, esconde a Mitre en la casa de sus hermanas. El Gobierno quiere mandarlo confinado a Chiloé a menos que prefiera ir voluntariamente al Perú. Algunas versiones aseguran que si lo prenden lo harán fusilar. Pero moviendo influencias el sanjuanino consigue que le permitan salir de debajo de la cama y partir para el Uruguay. La autoridad chilena no le cree, porque Mitre tiene antecedentes de mentiroso y clandestino, y ordena lo mismo su detención. Entonces Sarmiento convence al intendente de Valparaíso para que el prófugo, que aún se encuentra en su escondrijo, se embarque hacia Montevideo. Sarmiento lo había salvado en Chile y era hora, en Monte Caseros, de retribuirle la atención hecha un año atrás. Seguidamente aparecería un Mitre, legislador, presidente, polemista, literato y treinta años después, de la noche a la mañana, historiador. Entonces estas palabras toman la fortaleza del acero, porque las dice un prócer de la Argentina Gloria.

Pero para que no hubiese duda sobre heroísmo de Sarmiento en Caseros haría falta la certificación del Coronel Lezica y la del Jefe de la División Oriental, ambos testigos oculares y, todas ellas, acreditadas por la firma del General Urquiza. Ninguna de estas certificaciones existe. Ni como noticias en la correspondencia. Tampoco nadie las ha visto. Con estos antecedentes podrá juzgar el lector el valor que tienen las palabras de Mitre.

El día miércoles 4 de febrero de 1892, diez días antes de cumplir 52 años, Faustino Valentín Sarmiento, llamado Domingo por devoción familiar al santo, cesa en su actividad militar. El jueves 5 comienza su vida civil. Ha permanecido en el ejército desde mediados de noviembre de 1851 hasta el 4 de febrero de 1852, lo que hace un total de 81 días y ya es Coronel. Lo ha derrotado a San Martín que de Teniente Coronel en la Pasiva del ejército español, en 92 días pasó a General en actividad y Comandante del Ejército del Norte.

Lo único que ha hecho Sarmiento es la peligrosa situación de mancharse los dedos con tinta y la inocente tarea de redactar boletines. Pero nada militarmente. Sin embargo a su grado nadie lo puede reprochar porque ninguna jerarquía castrense, tan corruptas como él, le hacen presente que ha usurpado el grado miserablemente.

El quinto antecedente: después de Caseros

“En la tarde del 4 de febrero –dice Manuel Gálvez-, Sarmiento, *incorporado* al Estado Mayor, llega a Palermo, que fuera la mansión de Rosas. Allí (...) su contacto con el ejército cesa. Su vida civil comienza al otro día.” En realidad lo que debemos entender por esto es que “Sarmiento *iba acompañando* al Estado Mayor”, por cuanto de haber formado parte de él debería tener un cargo y, si éste realmente hubiese existido, ostentaría un grado militar reconocido, acorde con ese destino y, para retirarse, debió tener una licencia firmada por su comandante. Ninguna de estas tres condiciones insalvables mostraba Sarmiento en ese momento, según lo hemos estado viendo, como que tampoco figura entre los miembros que integraron el Estado Mayor de Urquiza antes, durante y después de Caseros.

En cuanto al comienzo de su vida civil, es también una verdad a medias. Sarmiento llegó a Buenos Aires en la mañana del día martes 10 de febrero de 1852 y se alojó en la calle 25 de Mayo número 26, contra la barranca y como a media cuadra del fuerte (cerca de la actual Casa Central del Banco Nación). Desde allí se dedicaría a visitar algunos amigos y conocer la ciudad. Lo hace vestido de uniforme militar, portando espada al cinto y su copete emplumado. En los comercios, las aceras y las casas donde llega de visita, cuenta a sus asombrados oyentes las peripecias de la “heroica lucha” que se ha llevado a cabo en Monte Caseros, matizadas, desde luego, con su participación personal que ha sido insustituible.

El viernes 20 de febrero, Urquiza hace su entrada triunfal en Buenos Aires a la cabeza del Ejército Grande compuesto en más de su mitad por extranjeros y mercenarios europeos, parte de los cuales ha traído el barón Caxías desde Colonia como integrante del Ejército Chico. Sarmiento también desfila agregado al Estado Mayor del General Virasoro. Como se puede ver el sanjuanino se añade a la cola de quien lo acepte en ese momento. Es lamentable ver a este hombre mendigando honores y una porción paupérrima de la gloria ajena, entre la gente del pueblo que lo ignora.

Sexto antecedente: un incidente poco conocido

Entre los días 5 y 9 de febrero Sarmiento, vistiendo el uniforme, ha tenido un altercado con el Coronel Mur, alojado en el Hotel París de la calle Cangallo. El suceso tiene ribetes policiales. De él hay dos versiones diametralmente opuestas: la de los involucrados. Nosotros no podemos dilucidar cuál de ellas es la auténtica. Solamente aquella que extraemos como factor común y que es el intento de homicidio por parte de Sarmiento en la persona de Mur quien, completamente desprevenido (se estaba afeitando), se salva de los sablazos del sanjuanino enfurecido. Es una vieja cuestión pendiente de 1849 que ocurriera en Chile: Mur, de visita en Santiago, y posiblemente para zaherir públicamente a Sarmiento, le dice que ha viajado hasta allí para ofrecerle de parte de Rosas el Ministerio de Gobierno. En Santiago todos se ríen de él. Sarmiento le jura hacer lo que finalmente intentó llevar a cabo en un hotel de Buenos Aires. Asustado el dueño del hotel ha llamado a la policía. Concorre el Jefe de Policía en persona. Este, no los detiene, pero les arranca el juramento de que no se batirán a duelo.

Pero he aquí que, más luego, el Coronel Mur lo ha pensado mejor y termina retándolo a duelo el día 21 de febrero. Por eso le ha enviado su tarjeta y dos padrinos rosistas que, desde luego, no encontrarían a Sarmiento. Este cuenta que fue al revés. Sin embargo y sorpresivamente tercia el Teniente Coronel Mitre quien les exige a los padrinos de Mur una declaración escrita de lo que él le ha jurado al Jefe de Policía y está a punto de quebrantar. Ocurre que es una cuestión urgente, desesperante: el Coronel Mur se ha tomado en serio la alharaca del Hotel París y ahora lo quiere tronchar o matar en duelo. En la madrugada del día 22 de febrero, que fue domingo, Sarmiento se ha fugado de Buenos Aires. Tan precipitada ha sido su huida del Coronel rosista que se le olvidó pagar la cuenta del hotel. El buen amigo Bartolomé sufragará el gasto porque el dueño del albergue amenaza con hacer un escándalo. El 26 de febrero en un artículo periodístico Mur hace público lo que ha pasado y trata muy mal al Padre del Aula. Ese mismo día 26 el *Agente Comercial del Plata* publica una carta de Mitre en defensa de su amigo prófugo. Preocupado asegura allí que Sarmiento “no es un cobarde” pues “se batió con honra en Caseros”. Y que “no huyó” sino que “puso distancia con un incidente.”

A mediados de mayo de 1858, es decir a más de seis años de lo que acabamos de relatar, Sarmiento (que entonces era Director de Escuelas), vino a tener otro incidente con el Coronel Mur el que, sin duda, es el más grave de todos los que le ocurrieron ese año. Es un incidente poco conocido y los que lo han relatado lo han hecho torpemente. Parece

que Sarmiento había dicho, verbalmente o por escrito (justamente es lo que no sabemos), algo que hirió el honor de la mujer del Coronel. Mur le envía una carta denunciándolo públicamente y Sarmiento le contesta con una acusación por calumnias e injurias.

Entonces Mur le envía una carta, pero no a Sarmiento sino a su esposa, Benita, a través de *La Reforma*, periódico en el que se puede leer: "A lo que vengo es advertir a usted que si no hace retirar tal acusación, usted va a tener mucho que sentir: primero usted y después su hijo. Por el hecho solo de haber tomado su marido el nombre de mi esposa en su boca inmunda, la creo agraviada." Ignoramos cómo siguió esta cuestión. Solamente conocemos que semanas después Sarmiento abandona el periodismo. ¿Qué secreto poseía Mur sobre Sarmiento que lo dejó masticando un nuevo rencor y curado, en lo que respecta a él, para el resto de su vida? Ni nos imaginamos qué pudo ser, pero evidentemente era algo sumamente grave y que no debía trascender, ni al hogar de Sarmiento, ya desvencijado, ni a la opinión pública, siempre ávida de estos asuntos tormentosos.

Para explicar este hecho, los panegiristas sarmientinos han dicho, que la amenaza de Mur estaba fincada en denunciar ante Benita las relaciones de Sarmiento con Aurelia Vélez Sársfield. El argumento es convincente, pero no es la verdad. Porque entonces Benita ya sabía de los amores clandestinos de su esposo y le amargaba la vida por esta razón. Allí está la correspondencia entre ambos que los delata. Entonces dijeron que Mur amenazó con avisarle a Pedro Ortiz, esposo y primo de aurelia, lo de la infidelidad conyugal, lo que tampoco pudo ser porque este matrimonio se había separado de mutuo acuerdo el año anterior y no por culpa de Sarmiento, que conocía a Aurelia de niña, cuando la tuvo en brazos en Montevideo en diciembre de 1845, sino por la fogosidad propia de la dama que agarraba a cuanto bípedo implume se le cruzaba, y de su esposo, don Pedro, que parece transitaba por la vereda de enfrente, en dirección opuesta y tenía la costumbre de sentarse sobre extraños objetos o de agacharse ante sus amigos.

El gran antecedente: Sarmiento y la Masonería

Una de las formas más rápidas de explicar los grados militares alcanzados por Sarmiento, si no el único, es a través de la Masonería. Por eso trataremos el tema en este inciso que parece descolgado de la temática principal. Mucha gracia nos causa leer en algunos historiadores y biógrafos de Sarmiento, que éste ingresó a la Masonería a partir de 1856, es decir, a partir de su segundo regreso de Chile. Por lo que debemos suponer que antes de ese año Sarmiento no había pisado ningún antro de los satanistas y era más bueno que un té de malva.

La fecha indicada es la correcta. Pero este año es del acoplamiento oficial de Sarmiento a la Masonería Argentina y no el de su iniciación masónica. Nosotros, que hemos rastreado al personaje, encontramos un antecedente más remoto. En 1834, Juan Bautista Alberdi (protegido del sanguinario José Mazzini y del filibustero José Garibaldi en aquellas logias *carbonarias* de Marsella en 1832), junto con Juan María Gutiérrez, Marcos Sastre, Vicente Fidel López, Miguel Cané, Carlos Tejedor, Thompson y Félix Frías, entre otros, fundaron el *Salón Literario*. Tres años después, imitando a la organización secreta *Joven Italia* de los *carbonarios* (que terminarían dando las jornadas trágicas de París en 1848 y el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels en Bélgica), Esteban Echeverría funda, a su regreso de Europa y en unión con unos 30 individuos del *Salón Literario* (como José Mármol, Rivera Indarte, Pastor Obligado), la organización *carbonaria Joven Argentina*, o mejor dicho, la *Joven Generación Argentina*. En 1838 el gobierno de Rosas disuelve a este conventículo por sus actividades subversivas. Pero Alberdi las recrearía en Montevideo con los emigrados argentinos fundándose la organización secreta *Asociación de Mayo* como filial de *Joven Argentina* de Buenos Aires.

Mientras tanto la *Joven Argentina* había fundado rápidamente filiales en San Juan, Tucumán, Córdoba, Santa Fe y Paraná. En la secta sanjuanina encontramos, por primera vez y claramente, al joven Domingo F. Sarmiento, así como en las otras aparecen Benjamín Villafañe, Marcos Avellaneda, Vicente Fidel López y Luis Domínguez. Sin embargo en la misma Buenos Aires la *Joven Argentina* se trocó en el disimulado *Club de los Cinco* con Jacinto Rodríguez Peña, Rafael Corvalán, Enrique La Fuente, Carlos Tejedor y Santiago Albarracín. De manera que este *Club* era el nexo de unión clandestino entre la *Joven Argentina* del interior del país y la *Asociación de Mayo* en Montevideo que, a los fines *carbonarios*, vendría a ser el lugar de asiento de la *Camorra* (madre putativa de la *Carcoma*, sigla que unifica, cediendo sus primeras letras, al **Carbonarismo**, el **Comunismo** y la **Masonería**).

Resulta entonces que, ante estas evidencias, tenemos ya tres cuestiones. La primera es que Sarmiento se inició como *carbonario* y no como *masón*, y la diferencia no es poca, sobre todo por la virulencia de la primera organización y sus ataques frontales y despiadados. En la segunda mitad del Siglo XIX la Masonería incorporaría muchísimas prácticas de los *carbonarios* al extremo de no poder distinguirse las *ventas* de las *logias*. La segunda resulta que el joven Sarmiento no fue un dirigente más, perdido en un pueblito de San Juan. Sin duda debió poseer dotes muy aquilatados porque cuatro años después, en 1842, resulta ser el núcleo en torno del cual comienzan a aglutinarse en Chile la mayoría de estos dirigentes masónicos, incluido Alberdi, su mentor, a los que más tarde llamará, el propio Sarmiento en carta a Mitre, “banda de piratas”, que “lo hacen gemir bajo el látigo” y “demás intrigas.”

En escena ha aparecido, de la noche a la mañana un hombre que, para nosotros, por el momento, nada nos dice: el Sargento Mayor Bartolomé Mitre. La tercera y última cuestión es que Sarmiento llegó a Chile siendo *carbonario* o *masón* y no fueron los chilenos los que lo iniciaron en estas prácticas, aunque es dable pensar que lo hayan llamado sabiéndolo fugitivo. Pero no restamos mérito al ambiente propiciamente creado, para la instalación de estas organizaciones secretas, por los presidentes chilenos pertenecientes a la masonería: Manuel Bulnes (1841), Manuel Montt (1851) y su sucesor José Joaquín Pérez (1861).

Sarmiento aparece como afiliado a la masonería en la *Logia Unión Fraternal* de Valparaíso el 27 de junio de 1854 (según Alcibíades Lappas y don Manuel Gálvez dice que fue la Número 1 pero de Santiago). Esta diferencia con sus primeros pasos en la secta, que los suponemos iniciados en 1834, es posible que se deba a la institución del Gran Oriente Chileno en ese año o en el anterior (reconocido seguramente por la Gran Logia de Inglaterra en el Rito EAAM), y la promulgación de sus constituciones, lo que obligaba a las organizaciones que habían funcionado dispersas y autónomas a tener un carácter orgánico, una dependencia obligatoria, una estructura uniforme en cada logia y el uso de signos, emblemas y distintivos.

Sarmiento parte de Chile para Buenos Aires el 11 de marzo de 1856. Al poco tiempo de llegar su situación se complica: le han querido dar un puesto en la Administración que él considera no está a la altura de sus méritos. En realidad es un puesto inventado. La prueba de ello es que al día siguiente el gobierno lo disuelve. Sus relaciones políticas decaen y su estado económico resulta frágil: “es la más precaria” posición, le escribiría a Posse, “no represento nada –agrega-. No estoy en la opinión ni me atrevo a contrariarla, porque al día siguiente no tendría un suscriptor.” Manuel Gálvez, siempre indulgente, comenta que este estado lamentable lo empujó a afiliarse a la masonería argentina, olvidándose el gran biógrafo que a esa fecha Sarmiento llevaba más de 20 años de cofradía masónica, según el cálculo hecho por nosotros y los propios masones.

Don Martín V. Lezcano, que era masón, junto con Juan Canter, comentan que en diciembre de ese año, ingresa Sarmiento a la masonería argentina por la Logia *Madre Unión del Plata Número 1* en calidad de “orador fundador”. En esto Lezcano y Canter por separado coinciden con Alcibíades Lappas. Esta logia será la que más tarde serviría de base para la institución de la Gran Logia Argentina y, a partir de 1835, del Gran Oriente Federal Argentino (G.O.F.A). Sin embargo Leopoldo Lugones, que fue masón, asegura que Sarmiento ingresó a la masonería argentina por la Logia *Obediencia a la Ley*, lo que no es correcto porque este hecho se produjo el 18 de abril de 1882, es decir, 26 años después de los sucesos que hemos visto.

Pero de todas maneras anotamos que lo dicho por Gálvez es verdad. A partir de su afiliación a la Masonería Argentina, Sarmiento comienza a prosperar. Sobrenada en cargos y lo colman de honores que, como un recordatorio guardará en un álbum para mostrárselo a quien dude de su palabra. En marzo de 1856 lo eligen, de la noche a la mañana, miembro del Consejo Municipal (¡y lo llegaría a presidir!) siendo sanjuanino; el 7 de julio Jefe del Departamento de Escuelas (un cargo creado para él) y el 10 aparece en los diarios como Presidente de la Sociedad del Teatro Colón (un cargo también *ad hoc*). Alrededor de mayo de 1857 lo hacen Senador y un poco más adelante le otorgan un cargo militar. Lógicamente todos estos puestos eran muy bien rentados por el Estado. ¿Vale la pena o no la vale, afiliarse a estas zahurdas satanistas? ¿Que no se diga que no! ¿Acaso será así de sencillo y remunerativo el venderle el alma al diablo? ¡Evocamos tu *Fausto*, Wolfgang Goethe!

El 18 de julio de 1860 el Supremo Consejo Grado 33° para la República Argentina le acordó ese grado junto con los generales Justo José de Urquiza, Bartolomé Mitre y Juan Andrés Gelly y Obes y al doctor Santiago Derqui que lo recibiría el día 21 de julio. La Magna Tenida se llevó a cabo en el Teatro Colón (antro que siempre sirvió de Templo a la Masonería) y el orador fue José Roque Pérez (uno de los 21 *Soberanos Grandes Comendadores del Supremo Consejo Grado 33°* y uno de los 35 *Grandes Maestres*).

En 1864 el Gran Consejo y la Gran Logia le encomendaron tomar contacto con el Supremo Consejo y las Grandes Logias de los Estados Unidos. Tal es el origen de este mentado viaje “cultural”. Allí pudo entrevistarse con el Presidente Andrés Johnson (Masón Grado 33°), quien le obsequió el distintivo masónico que se encuentra actualmente en el Museo Histórico Sarmiento junto con las demás pertenencias masónicas. Igual origen tiene su viaje “cultural” a Francia que ha sido disimulado de mil maneras diferentes.

Recordamos, para ir terminando, que desde 1882 hasta 1886, Sarmiento ocupó los dos cargos que ostentaba su amigo Roque Pérez unos 22 años atrás. Su Secretario durante este mandato sería un Mayor retirado del Ejército Nacional llamado Leandro Nicéforo Alem (fundador de la Unión Cívica), que lo terminaría reemplazando en la gestión de 1887 a 1889. A su vez, el secretario de Alem en la conducción de la masonería, sería otro jovencito pariente suyo, llamado Hipólito Yrigoyen, entonces empleado de la Contaduría General, que 27 años después sería Presidente de la República.

Finalmente, para dar colorido a esta parte, ponemos en evidencia un hecho casi olvidado. Muerto Sarmiento en Asunción del Paraguay, la masonería paraguaya le rinde honores. Su féretro es trasladado en un vapor aguas abajo del Paraguay y del Paraná rumbo a Buenos Aires. Al llegar a San Nicolás, el ex Gran Maestro (de 1877 a 1879), doctor Agustín P. Justo, Presidente la Cámara de Apelaciones, hace descender el ataúd y lo trasladan a pulso hasta el Templo Masónico de la *Logia Unión y Amistad Número 10*, donde se le rinden los primeros honores a Sarmiento en suelo Argentino. Los masones han salido de su madriguera satánica luciendo todos sus atuendos y distintivos masónicos

por las calles, pero la gente común, el pueblo, no los acompaña. El doctor Agustín P. Justo (1841-1896) fue el padre del general Agustín P. Justo (1876-1945), presidente de la república y fundador de la *Logia Militar San Martín* en 1918 (luego *General San Martín* desde 1922) que aún funciona en distintas unidades y dependencias militares y ha provisto de numerosos coroneles y generales al Ejército.

TERCERA PARTE

“Los masones quieren apropiarse del poder gubernativo (...) La masonería posee un lado exterior para los “no iniciados”; pero, para los “hermanos” familiarizados con ella y sus divinas enseñanzas, o sea, los de los grados superiores, cuenta con un lado interior estrictamente oculto. Para conseguir la dominación de la “Alta Política” sólo se trata en un reducido círculo de los grados supremos en los domicilios de los interesados.”

Del *Manual sobre Masonería* de Didler, transcripto por Fray JUSTO PACÍFICO en su *Gobierno Universal*, pág. 28.

Séptimo antecedente: el ascenso a Teniente Coronel

En 1854 Sarmiento se encuentra aún en Chile. Está desesperado por volver a Buenos Aires. Aún guarda armonía con Benita y su hijo Dominguito. Las tormentas con Aurelia Vélez Sársfield están todavía lejos. En sus cartas a Mitre le dice que se siente “ocioso” y “vencido” por el accionar de Alberdi y sus acólitos que lo han echado a menos. Es una lucha de casi diez años la que ha sostenido erosionándolo completamente: “Yo muero aquí –le dice a Mitre-, corroído por los tormentos del espíritu (...) y todo bajo el látigo de Alberdi y los demás intrigantes.” Por allí asoma una luz que parece cambiará la situación. Pero dura poco y vuelve a caer en la depresión. Se queja de que su salud está quebrantada y de los rigores a los que lo someten “Alberdi y el club” que, evidentemente es la logia masónica que lo tiene jaqueado.

En este marasmo se atreve a sugerirle a Mitre que la Universidad de Buenos Aires le otorgue el título de *doctor honoris causa*. Lo azuza diciéndole que él es doctor en Chile, lo que es una completa mentira. Pero, ¿no hizo Oxford doctor a Franklin y él es igual o más que el norteamericano? Le aconseja a Mitre que su libro *Comentarios de la Constitución* podría servir de pretexto para obtener el doctorado.

El título lo llevaría a ser considerado, respetado. Sarmiento, que se ha peleado con todos indiscriminadamente, ahora quiere ganarse el afecto y el respeto de sus conciudadanos. Ardua tarea. Mitre en su respuesta, cauteloso como siempre, ni le menciona el pedido. Tampoco le ofrece el cargo de profesor de alguna materia porque sabe que no tiene nivel académico y se terminarán riendo de él. Finalmente le concede el grado de Teniente Coronel, pero se cuida bien de darle el cargo que por su grado le corresponde, ni el mando como atributo esencial del militar.

Sin embargo no ocurriría lo mismo con su percepción de haberes. Es un sueldo nada maravilloso pero seguro que le llegará por la legación argentina en Santiago. Digamos, un paliativo, que vendrá a cubrir los baches de su situación económica quebrantada. Este es el tipo de ayuda que siempre se han brindado *estos hermanos de la escuadra y el compás* con los fondos que el pueblo ha colocado en sus manos. Porque eran dineros provenientes del erario público los de este estipendio. La fortuna personal de Benita y la heredada de su esposo, Sarmiento la había dilapidado en más de diez años de aventuras que no le han redituado un peso como él había pensado. Agotado el venero de la infeliz Benita, Sarmiento comenzará a vivir, como le diría años más tarde José Hernández, del empleo público del que llegará a convertirse en un verdadero atleta.

De manera que por un plumazo de Mitre, el Gran Sanjuanino ha sorteado seis grados militares y unos treinta años de servicios que se corresponden con tal jerarquía. Pero en la epístola siguiente, hace caso omiso de tal prebenda y no le agradece a Mitre el ascenso. Tampoco le pide licencia como era su deber hacer. Pero su ausencia estará justificada. Mitre lo sabe y por eso calla. Dice que piensa viajar a los Estados Unidos. Es una misión que le ha encomendado la Masonería del Río de la Plata, por las patentes que fueron extendidas por las logias de Pensylvania y Maryland desde los tiempos de Cabello y Meza, anteriores a 1810 y a las invasiones inglesas.

Mitre, el benefactor con dinero ajeno, no tendrá autoridad moral para decir nada de este ascenso que es de su autoría. Después de Caseros, a fines de marzo de 1852, Mitre había sido ascendido a Coronel. Este triunfo del amigo y su propio fracaso irritarían a Sarmiento lleno de envidia, aunque en su epistolario “celebra” el ascenso. Se siente desengañado y lo confiesa. Peor se sentiría en mayo de 1859 cuando se entera que Mitre es un flamante General de la Confederación y es el jefe de las tropas de Buenos Aires movilizadas por la Legislatura para guerrear a Urquiza.

Octavo antecedente: Sarmiento Jefe del Estado Mayor

Desde principios de 1859 las relaciones de Buenos Aires con la Confederación se han ido enrareciendo. Dos causas animan la discordia que va tomando el sesgo de irreversible: la una es económica, y surge de los “aranceles diferenciados” que debe pagar por productos extranjeros la provincia de Entre Ríos en el puerto de Rosario, beneficiada por una fuerte reducción en las tasas impositivas. La otra causa es, al mismo tiempo, de orden ético y gubernativo: el alevoso asesinato del General Nazario Benavídez (en la madrugada del 23 de octubre de 1858) del que Urquiza responsabiliza al gobierno de Buenos Aires.

La Legislatura de la Confederación ha autorizado en junio la movilización de la Guardia Nacional y consiente en hacer los gastos que demande armar esas fuerzas y otras. Buenos Aires considera a esta decisión como una declaración de guerra. Mitre, recientemente ascendido a general, será el que tendrá a cargo la conducción de las tropas bonaerenses. Por su parte Urquiza comandará las de la Confederación. Se designa a Valentín Alsina para organizar las reservas. El 18 de agosto se nombra como Jefe del Estado Mayor de estas fuerzas reservistas al Teniente Coronel Sarmiento.

Casi cuatro meses después, el 23 de octubre de 1859, los contendientes se encuentran en los campos de Cepeda. Triunfa Urquiza, gracias a la ineptitud militar de Mitre. Las tropas de Buenos Aires se repliegan hacia el sur con la intención de preparar una defensa, porque, aparentemente Urquiza no tiene intenciones de detenerse. El 29 de octubre se decide crear una línea de fortificaciones y se nombra como segundo jefe a Sarmiento. Buenos Aires va a ser sitiada. Cunde la desesperación. Sobre situación tan angustiada los porteños tienen tomadas dos posiciones: una mayoría que pide se transija reconociendo a la Constitución de 1853 y la otra parte que prefiere la lucha y trabaja de sol a sol cavando trincheras y armando puntos fuertes. Urquiza que ha seguido avanzando se instala en San José de Flores.

¿Cuál fue la posición de Sarmiento en estos sucesos? Lógicamente debemos suponerlo, por su carácter, del lado de los intransigentes. Así fue, y quiere la batalla a toda costa, aunque sabe que Urquiza se encuentra acampado en la Plaza 11 de Septiembre por el fracaso de las negociaciones en las que intervino el general Francisco Solano López, hijo del Presidente del Paraguay. A su lado se encuentran Alsina, el uruguayo Juan Carlos Gómez en *El Nacional* y los Varela (Héctor y Mariano), también uruguayos en *La Tribuna* de tendencia ultraliberal. Ninguno quiere saber nada con Urquiza. En la sesión de la legislatura del 8 de noviembre Sarmiento, que ha llegado tarde, reprocha la actitud de los

legisladores y los trata de cobardes y desleales. De la catilinaria no se salva ni Alsina; Carlos Tejedor recibe su parte e inclusive ¡el mismísimo Mitre, su cireneo! Sarmiento se ha vuelto “porteñista” intransigente, se ha peleado con casi todos los “pelucones” y con sus mismas ideas conciliadoras y unionistas. ¿Dónde dejó aquella máxima suya de “provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias”, que apareció publicada en *La Crónica* dirigida por Carlos Tejedor en 1854?

Don Benjamín Vicuña Mackenna, muy joven entonces, conoció a Sarmiento de una presentación que se le hiciera en la casa de Mitre en 1855. Cuenta el escritor chileno que cuando le refiere a la gente los dichos de Sarmiento, ésta le dice: “Pero, ¿quién toma en serio el tino de Sarmiento?”, y agrega enseguida una descripción que es de su propia cosecha: “Un día amanece con el humos sanjuanino y escribe contra Buenos Aires; otro día aparece con el espíritu porteño y escribe contra Urquiza, y otras veces se levanta con el humor a la jineta, galopando por la pampa, y atropella a todo el mundo, excepto a su sagrada y real persona.”

Pero volviendo a lo nuestro, ¿puede el lector, haciendo gala de una imaginación exuberante, hacerse a la idea de un Sarmiento dirigiendo el Estado Mayor de la Reserva? No. Evidentemente una imaginación lujuriosa no alcanzaría. Mueve a risa el sólo pensarlo. Es como suponer que un individuo que no conozca nada de música, ni de la sonoridad de los instrumentos, sea director de una orquesta sinfónica, tratando de sojuzgar los acordes con la batuta. Tal vez, haciéndose el conocedor de lo que no tiene idea, haya caído repetidas veces en el ridículo, y sean estas anécdotas de las que se ríen los porteños cuando hablan de él a hurtadillas, o el origen de algunos versos endecasílabos corrosivos que rodando han llegado hasta nosotros.

Lo mismo habría que decir de su nombramiento como Segundo Jefe de la línea defensiva de Buenos Aires. ¿Qué podría saber Sarmiento de crear una defensa en llanura, que siempre es complicada, de extensiones dilatadas por el frente enemigo que pasa a tener la iniciativa, de apoyaturas en los flancos, de puntos fuertes, de apoyos mutuos, de maniobras, de reservas, de planes alternativos y de una logística obstaculizada por las distancias, que alargan los trenes de abastecimiento volviéndolos más vulnerables a los golpes de mano? Creemos que nada. Para eso están las escuelas militares, y luego la escuela de regimiento y la permanencia en los grados que van dando la experiencia que, si es por la lucha, viene mejor. Y Sarmiento, cuya mejor trinchera ha sido un escritorio al lado de la estufa sibarita, robando mujeres casadas a sus amigos y tirando cascotazos desde el fondo, no las tiene.

Noveno antecedente: Sarmiento quiere ser jefe de regimiento

Después del fracaso de la entrevista cumbre de Mitre, Derqui y Urquiza en el vapor inglés *Oberon*, anclado en San Nicolás, que es el epílogo de todas las gestiones de diplomáticos y cónsules extranjeros, es muy poco lo que queda por dialogar a favor de un entendimiento que lleve a la paz e integración nacional. El delegado porteño ha insistido en la separación de Buenos Aires de la Confederación, incluida su aduana, dándole por ello una irrisoria cantidad anual a las restantes provincias. ¿Se irá al combate? Todo indica que sí.

Pero Urquiza todavía alberga esperanzas y le escribe a Mitre, su adversario. Pero éste cree que la carta del entrerriano es una señal de debilidad y hace avanzar sus tropas. A su vez Urquiza que ha actuado de buena fe, recibe la noticia como una respuesta a su misiva. Ya está armada la batalla que se dará en los campos de Pavón el martes 17 de septiembre de 1861. Pero en Pavón no habrá vencedor. Se ha luchado todo el día. Mitre se ha quedado sin infantería y Urquiza sin caballería. Los dos se retiran del campo de batalla: Mitre, con un balazo que le ha rozado la frente, se pone rumbo a Buenos Aires; Urquiza hace lo mismo y al tranco de su caballo se dirige a Rosario.

Algunos jefes federales, que aún tienen sus tropas luchando, se enteran que Urquiza los ha abandonado sin decir nada. Parten al galope tendido para convencerlo de que regrese. Urquiza los rechaza. Llegado a Rosario se embarcaría para Diamante y de allí a Concepción del Uruguay. El 11 de octubre Mitre acampa en El Espinillo, a dos leguas al sur de Rosario. El 5 de noviembre el Presidente Derqui renuncia y huye en una chalana a Montevideo.

Sarmiento, que no ha estado en Pavón, le escribe felicitando a Mitre, el miércoles 20 de septiembre. En esta carta, tan larga como extraña, porque Sarmiento parece estar por encima de Mitre, le pregunta: “¿Por qué no me da el mando de uno de los regimientos de línea?” Nos imaginamos la risa que le habrá causado a Mitre una propuesta tan descabellada. A renglón seguido agrega aquella frase que terminaría siendo la favorita de los historiadores revisionistas: “No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos.” De esta barbaridad no hacemos ni un comentario.

Más adelante Sarmiento le muestra a Mitre que quiere ser militar y, de ser necesario, lo será en contra de su voluntad. Pero, ¿para qué? “Para pagar a mi pueblo –le dice al que ya se siente Presidente de la República- el tributo de mis pobres servicios.” En verdad lo que quiere es ser gobernador de San Juan. Sus objetivos han cambiado porque en Buenos Aires lo ignoran. “Ordene la entrega de armas –le pide a Mitre- que pido en *El Nacional*; dinero, cuanto se pueda.” Más adelante le exige: “Déme los oficiales sanjuaninos y cordobeses y llevaré la cruzada a los Andes.” No se da cuenta que ha entrado en pleno delirio megalómano. Se cree con derecho a criticar a los “militares de caballería que han hecho daño al país” y le pide a quien lo ha ascendido de la nada a Teniente Coronel: “Déme un regimiento. No me desprecie como soldado.” Más adelante lo agravia: “Valgo más que todos esos compadres que me prefiere.” Aclaremos que los “compadres” eran Wenceslao Paunero, Venancio Flores, José Miguel Arredondo, Ignacio Rivas y Ambrosio Sandes. Todos uruguayos y casi todos amigos personales de Sarmiento. Todos tienen fama de ser generales valientes y aguerridos. También de auténticos chacales sanguinarios y sinvergüenzas. Pronto los conocería el interior argentino, cuyos jefes siguen siendo federales, insobornables a Derqui y a Urquiza.

Décimo antecedente: Sarmiento es Auditor de Guerra

Mitre sigue acampado en El Espinillo, a las puertas de Rosario. El gobierno nacional sigue con vida a cargo del general Juan Esteban Pedernera. Ninguna provincia se ha pronunciado a favor de la causa de Buenos Aires ni de su puerto. Conclusión: la matanza de criollos en Pavón no ha resuelto nada, ni siquiera la satisfacción de la victoria le ha dado a Mitre. Iracundo por la impotencia desea invadir Entre Ríos, pero su sexto sentido, o sus asesores, le dicen que sería un suicidio. No se anima: quedaría encerrado entre el río y no menos de 50.000 lanzas. Le han contado que solamente en Paraná hay 15.000 chuzas con unos 100 cañones para recibirlo, todos juramentados a morir antes de que él pase para el Arroyo de la China.

Entonces Mitre se resuelve por la guerra. Sobre todo contra los más dubitativos e indefensos. Fracciona al ejército en cinco divisiones. Uno de ellas se dirigirá a Córdoba y estará a cargo de Paunero. Con él irá Sarmiento. Pero como nadie sabe qué hacer con el Gran Sanjuanino, Paunero en sus instrucciones del 23 de diciembre de 1861 lo nombra con el título de Auditor de Guerra. Es una triquiñuela porque tal cargo no existe. Ni en el Registro Provincial ni en el Nacional figura este nombramiento. Tampoco Sarmiento cree en él. Cuando le escribe al gobernador Ocampo le confiesa: “Yo marchó en ella (la división Paunero) como Auditor de Guerra, o como quiera.” Es increíble la cara de cemento armado de este hombre que, teniendo ideas someras sobre el derecho y vagas

vislumbres de las cuestiones técnicas y procesales, acepta una misión tan difícil y delicada como es el de administrar Justicia.

Un poco antes de la partida, el 16 de noviembre, le ha escrito una carta a “mi Benita”, su desplumada esposa. En la misma se puede apreciar que aquella mujer, otrora de posición económica desahogada, por no decir rica, parecería que en ese momento tiene problemas tan elementales como pedirle fiado al almacenero. “Por poco que te descuides en tus gastos –le dice- te verás en apuros, y yo puedo poco.” El 21, día de la partida con Paunero, le vuelve a escribir llamándola “Benita” a secas. Le vuelve a recomendar lo de la economía hogareña. Cuéntale que Mitre le ha asegurado que ella podrá cobrar el sueldo del Departamento de Escuelas (cargo que ya no ejerce), y no sabe cuál será su haber como Auditor (cargo que tampoco ejercerá).

Le ha salido sumamente caro el Padre del Aula a la pobre enamorada de doña Benita. La desamparada no sabe que aún le falta lo peor: la muerte de Dominguito en Curupaity y la puñalada que por la espada le dará Sarmiento al sincerarse su noviazgo con la fogosa Aurelia Vélez Sársfield, la hija de su amigo don Dalmacio. Una vejación de la que es, en ese momento, completamente ignorante. ¿Pagará esta mujer aquella infidelidad matrimonial cometida contra su difunto esposo don Domingo Castro y Calvo con tanto dolor, lágrimas y miserias? ¿El amor por aquel mocetón verborágico y adulador, que so pretexto de ayudarlos se metió en su hogar en Copiapó para conquistarla, se derrumbará para dejar desnudo al embaucador que siempre fue?

Undécimo antecedente: forma parte de un ejército punitivo

La división de Paunero ha partido de El Espinillo (proximidades del Arroyo Saladillo viniendo desde Pergamino). En ella van agregados el Coronel Sandes y Baigorria con una indiada brava. El miércoles 11 de diciembre llegan a Villa Nueva, provincia de Córdoba. En el camino les ha ocurrido cosas desagradables: defendiendo uno de los pasos del Carcarañá han apresado a un borracho célebre que, al interrogarlo, resulta ser un hijo de don Bernardino Rivadavia. Mal momento para estos hombres que aman la libertad y, por eso, dejan en libertad al temulento para que siga haciendo estropicios y correrías con las chinitas. También Paunero, con toda su división que lo sigue ha errado el camino y sus hombres padecen sed. La sombra del hambre aparece pero se esfuma, porque alguien ha encontrado una rastrillada vieja de los indios chilenos y puestos en ella se salvan. Ha sido solamente un susto, pero de los buenos.

Desde Villa Nueva la división Paunero se desdobra y una columna al mando del general Rivas se dirige a Río Cuarto. En ella va Sarmiento que, de hecho, ha dejado de ser Auditor, porque se ha separado del Estado Mayor del comandante. Ahora no sabemos qué puesto ocupa en nueva fuerza que se ha formado. El martes 17 de diciembre entran a Río Cuarto sin tirar un tiro. Sarmiento se alegra porque encuentra a Río Cuarto muy parecido al polvoriento San Juan. Pero en esos días a Paunero le ha llegado una nueva orden de Mitre: debe enviar una división a Cuyo. La orden se retransmite a Rivas que de inmediato se dirige a Villa Mercedes. Pronto estarán en San Luis.

Desde San Luis, Rivas designa a Sandes para ocupar Mendoza. Sarmiento marchará detrás de él con dos piezas de artillería abandonadas que ha conseguido. Rezagado, el 1° de enero de 1862 entra en Mendoza. Paunero, que está hastiado de Sarmiento, le escribe a Mitre: “Le incluyo una de Sarmiento, a quien me ha sido preciso restringir, o más bien variar las instrucciones que primero le di, porque tiene el furor de hacer figura militar ante todo, y después sus puntas de déspota jacobino, que si se le deja correr con la rienda suelta es capaz de convertirse en el Carrier de las provincias que caigan bajo su férula.” Fuertes estas palabras para enjaretárselas a un hombre de las luces y la civilización. Mitre lo conoce y no dice nada.

Duodécimo antecedente: Sarmiento comandante de tropas

El día sábado 4 de enero, anticipándose a todos, los Santos Reyes Magos le han traído al Ilustre Argentino un regalo muy codiciado: una carta de Aurelia fechada en Buenos Aires el domingo 8 de diciembre de 1861. Es un verdadero ultimatum el que le manda la apasionada muchacha, que bien puede ser su hija, al vejete marrullero trocado en militar Guerrero de la Organización Nacional. Sarmiento se amarga terriblemente por la epístola. La respuesta es inmediata y dicen, la mayoría de los historiadores, que ella es la vera “imagen de un Sarmiento enamorado”. Al leerlo nosotros nos semeja un melodrama lleno de excusas, adulador y pringoso. ¿Pudo amar Sarmiento tan sólo una vez a alguien que no sea él mismo?

Aunque parece, no es una pregunta fácil de responder. Pero no decimos que haya amado a una persona, que siempre ofrece sus complicaciones, sino a un perro o gato, un caballo, una planta, un mueble, una cebolla, un cielo de verano, un campo en flor. No somos los primeros en decir esto. Cáustico como siempre, Paul Groussac, que lo ha tratado mucho, habla de su “nihilismo sentimental, tan inconscientemente exhibido por él mismo”, de su “corazón de corcho” y de que todas las amabilidades de Sarmiento para con las personas no son sinceras. Esto, de ser cierto, lo revela como un reverendo hipócrita, ¿o es en verdad un psicópata? Porque a los síntomas los tiene.

A pesar de sus conceptos lapidarios, Paunero le ordena a Sandes que mande a Sarmiento a San Juan. ¿Para que esto ocurra, habrá intercedido Mitre? No sabemos. Pero la misión no es difícil. Porque ante la presencia del ejército en la vecina Mendoza, el gobernador sanjuanino ha huido y nadie asoma queriendo resistir el avance. El Coronel Sandes, que se ha criado en los regimientos, aprovecha la ocasión para deshacerse de todos los granujas que tiene en su columna y entregárselos al Gran Sanjuanino para que haga la “epopeya libertadora de los Andes”.

Es que en esto nadie da puntada sin nudo, ni nudo sin puntada: en lo inmediato tenemos a un Paunero deshaciéndose de un Sarmiento insufrible para complacer, casi seguramente a Mitre, y a un Sandes sacándose de encima a Sarmiento para satisfacer a Paunero, y a treinta bribones de su división, todos focos de indisciplina: un viejo truco militar. Un negocio redondo trocado luego en Epopeya Patria de Libertad y Honor.

Estos treinta soldados es la fuerza más importante que comandará el futuro General Domingo F. Sarmiento durante toda su vida. Digamos que ayer y hoy es la responsabilidad de un Cabo Primero o un Sargento bisoño. Con ellos llega a San Juan al atardecer del día martes 7 de enero. Ha regresado a la tierra natal después de 22 años de ausencia (si excluimos del balance los pocos días que estuvo en 1855). Parece un anciano sibarita, imagen de un cagatinta, aunque solamente tiene 51 años: las fatigas de la campaña que siempre adelgazan, a él le han agregado kilos y una andorga discreta. En su rostro ya no se ven las patillas a lo Palmerston con que se apareció en Gualeguaychú, Caseros y Buenos Aires. De aquello sólo ha quedado un bigote canoso. Pero, como diría Vicuña Mackenna al hacer su retrato literario, no ha perdido su “gran parada de pretensiones militares.”

Le ha crecido una melena entrecana, ensortijada en los extremos, que asoma indiscreta por sobre las enormes orejas y, sobre todo, en la nuca, donde le cae encima de sus hombros. Se le han encrespado las cejas y en el labio inferior ya se insinúa el belfo que aparecerá más tarde, agravado por posibles problemas en su dentadura que hacen avanzar su mandíbula inferior hacia adelante como señal de senectud. Al sacarse el capacete emplumado para saludar, aparece el espantoso bulevar de su calvicie que

amenaza no detenerse nunca, única responsable de incrementar su apariencia de antañón desvencijado. Por este esperpento se destriparán dos mujeres: doña Benita como de 41 años, su esposa desde 1848, y una joven separada de su esposo, Aurelia, de unos 21 a quien trata, ya señorita, desde 1853, y es hija de su mejor amigo, Dalmacio Vélez Sársfield, su confesor y confidente, mujer mimosa, inflamada, llena de mañas y caprichos, que lo seguiría fiel como una sombra hasta el Paraguay.

Cuenta Sarmiento que fueron cuatro leguas (unos 20 km) de polvo que levantó la comitiva que salió a esperarlo. Lo que es verdaderamente sorprendente: ni juntando todos los habitantes, carros, los burros, los perros, las comadreas, las gallinas y los chivos del San Juan de aquella época se podría haber armado semejante columna. Sus defensores dicen que fue efecto del viento. Los devotos salieron a recibir a quien llega, como él dice, “con mando propio” y “pacificador” de la región. Lo que no es exactamente así: lo del “mando” podría ser, aunque militarmente iba delegado por Sandes, y sus efectivos no pasaban de treinta forajidos y granujas y, el auténtico pacificador del territorio, fue Paunero y no Sarmiento.

Ese mismo día el Presidente de la Legislatura le ofrece la gobernación de la provincia. Cuenta su nieto, siempre mediocre y falto de objetividad, que Sarmiento “puso objeciones”. ¿Quién puede creer esto de un ambicioso como Sarmiento? Nadie. Lo cierto es que el jueves 9 de enero, tras una ardua lucha con nadie y objeciones de fantasmas, se hace cargo del Gobierno de San Juan.

Este hecho que se ha repetido hasta el cansancio como página eterna de Argentina Gloria, es enteramente irregular. Porque, ¿en qué condición se envió a Sarmiento a San Juan? Sarmiento no llegó nombrado como interventor ni como jefe de fuerzas interventoras. Consecuentemente lo que ha hecho el Presidente de la Legislatura y él ha aceptado es contrario a la Constitución e ilegal consecuentemente. Por esta razón es que trata rápidamente de legalizar su situación convocando a elecciones, por lo que cae en una nueva aberración. ¿Qué garantías existen para la ciudadanía de que no se cometerá fraude si quien detenta el Gobierno y la fuerza se ha propuesto como Gobernador? Una inmoralidad hecha y derecha. Entonces lógica y democráticamente triunfa y el 12 de febrero de 1862 asume el gobierno de San Juan. Este tipo de fraude electoral seguirá a la Nación como una sombra maldita hasta 1945, y la usurpación del poder, que no sabemos si ha cesado definitivamente, es considerado hoy como un delito de lesa Patria.

CUARTA PARTE

“En cuanto a los misterios ocultos más allá de la maestría, no puedo revelárselos todavía. Día llegará en que los penetréis, y bendeciréis entonces esta saludable oscuridad. La ignorancia es para muchos masones, el velo que les oculta la masonería. Ella es la Luz; pero, aún entre sus principales jefes existe la ignorancia, causa de los males que la abruma.”

JUAN RAGON, *Ortodoxia masónica*, pág. 6.

Décimo tercer antecedente: Sarmiento es Director de la Guerra

Pasan los primeros meses del gobierno de Sarmiento en San Juan. Mitre se ha enterado de todo y le escribe aconsejándole hacer un gobierno modesto. Imaginamos contento al Gran Sanjuanino, desde que ese puesto fue ambicionado por él durante mucho tiempo. Pero no: está triste. La distancia que lo separa de su amada Aurelia, entre otras cosas, lo ha enfermado, aunque no le han quitado la siesta cuyana a la que ha regresado religiosamente.

Su amigo Régulo Martínez, que está en San Juan viéndolo todo, le explica en carta a Mitre las causas del fracaso que se avizora: “Quiso realizar un pequeño gobierno de

Buenos Aires en una provincia, y, naturalmente, esto no se puede conseguir”, Sarmiento es “un magnífico tribuno, un publicista de primera clase”, le recuerda, “pero incompetente para gobernar”, y no sabiendo “darse maña para tener en su casa un círculo de lo mejor que el país puede ofrecer” se ha quedado aislado.

Don Régulo no le ha exagerado un ápice a su amigo en Buenos Aires. Desde que Sarmiento se ha hecho cargo del gobierno de San Juan no se ha pintado un palo, sancionado o modificado alguna legislación, creado algún organismo, tomado una determinación de importancia, fundado una escuela por modesta que fuere, ya que es tenido por educador, o ha reorganizado la milicia porque es Teniente Coronel. Nada. Todo está sumido en la inacción y en las siestas azotadas por la pachorra que trae el viento Zonda, las que pasan a tener el carácter de casi un credo, alentadas por el tinto patero que le mandan puntualmente los amigos de Caucete.

Teniendo tantas cosas por hacer para mejorar la situación de sus con provincianos (San Juan es un ciudad de casas de adobe y techos de paja, con graves problemas, como por ejemplo el suministro de agua potable, y todas sus calles son de tierra), sueña con la riqueza que le podría dar la minería. “Ayúdeme en esto –le dice a Mitre- y habrá satisfecho mi ambición, que es de tener poder para crear, transformar, realizar.” Sueña con los grados militares: “¡Hágame Coronel, por Dios!”, gimotea ante Mitre en carta del domingo 13 de agosto.

Es que se siente inferior a los que tienen un grado más, desconociendo que uno de los secretos de la milicia es servir humildemente en el grado que se tiene y en el puesto que se le asigna. El resto viene por añadidura y a su debido tiempo. Pero él tiene inquina con Arredondo que es general: “Remedie un disparate que es mi grado –le espeta a Mitre- con mi posición real.” Sin embargo Belín Sarmiento, que evidentemente conocía esta carta, miente y dice que fue al revés: Mitre ofreció el grado a Sarmiento y éste lo rechazó.

Pronto habrá elecciones presidenciales. El candidato es Mitre. Sarmiento se apresura y le dice que no aceptará el cargo de Vicepresidente, cuando en realidad Mitre no ha pensado nunca en él, ni le ha sugerido nada. La prueba es que el lunes 13 de octubre de 1862 los colegios electorales eligieron a Mitre como Presidente y a Marcos Paz como Vicepresidente. Lo mismo ha ocurrido con el Ministerio del Interior: Mitre eligió a Guillermo Rawson y nadie se acordó de Sarmiento, aunque él en sus misivas le da a entender al Presidente que anhelaba ese puesto. Sarmiento, para variar, se deprime. Fueron dos bofetadas seguidas y, para colmo, Rawson no es de las simpatías de Sarmiento y antes bien lo considera un enemigo suyo.

A principios de noviembre de 1862 se tienen noticias de que han reaparecido las montoneras en la región. En octubre, una de ellas, proveniente de La Rioja, ha desvalijado a unos comerciantes sanjuaninos en Las Lagunas, ubicadas en territorio de San Juan. Sarmiento pone el grito en el cielo sin averiguar qué andaban haciendo los señores comerciantes, amigos suyos, en región tan inhóspita. Sin prueba alguna, ni conocimiento pleno, culpa de estas fechorías al general Angel Vicente Peñaloza, *El Chacho*. Una injuria y una irrespetuosidad, porque Peñaloza es General de la Confederación, con despachos firmados por el Presidente Urquiza y reconocido ante tropa formada, y él es Teniente Coronel, pero de Mitre y por correo. No es poca la diferencia. Afligido Mitre le pide un informe a Paunero que está acampado en Villa Nueva. El 12 de noviembre le contesta diciéndole sintéticamente que Sarmiento le ha mentado. Las que Sarmiento llama “montoneras” son en realidad bandas de ladrones “mal armadas y peor montadas” y agrega que Peñaloza ha colaborado capturando a unos cuantos y fusilando a otros de estos bellacos.

Al iniciarse el año 1863 vinieron a ocurrir otros hechos. En Chepes se ha inaugurado una capilla consagrada a la Santísima Virgen y Peñaloza, invitado especial del Cura Párroco, ha sido visto reunido con varios caudillos. Más adelante, en otro lugar llamado La Jarilla, ha ocurrido otro tanto pero esta vez como mucha gente de a caballo. ¿Acaso *El Chacho* esta conspirando? No hay ninguna prueba. Su figura es muy popular y su presencia concita las presencias que desean saludarlo. Sarmiento se entera y el jacobino que le diagnosticara el general Paunero en Mendoza, le brota incontenible y arremetedor.

El lunes 23 de marzo de 1863 le escribe a Mitre increpándole que no es posible aceptar “que haya un punto del territorio desde donde salgan bandas armadas a inquietar el país.” Mitre que tiene el informe Paunero a la vista y sabe que no es así, se hace el convencido e interviene. De inmediato nombra a Sarmiento “Director de la Guerra” que aún no se ha declarado. El general Peñaloza se entera de este dislate del sanjuanino y el jueves 16 de abril le escribe a Mitre una de sus mejores cartas. Allí *El Chacho* le pinta descarnadamente la situación que están viviendo las provincias interiores a manos de los tiranuelos y perjuros como Sarmiento, que él mismo, Mitre, ha prohijado y sostiene con sus ejércitos punitivos.

Mitre, que es un hombre reflexivo y de muy buena memoria, sabe que la carta de Peñaloza es la verdad. Porque muchas de las cosas que se han hecho son de su cosecha o de hacerse el desentendido y mirar para otro lado. Entonces es la guerra y la carta de Peñaloza pasa a ser el pronunciamiento de *El Chacho* y sus llaneros. Va a comenzar una de las guerras más extraordinarias que se hayan desarrollado en suelo patrio y que la historia oficial ha escondido debajo de la alfombra del living, porque es una guerra que no se puede explicar desde el punto de vista histórico-político-militar como las tradicionales o de la Independencia. Es una guerra social, de masas campesinas desheredadas, de un magma proletario trashumante, indomable, que se ha rebelado. Aceptar esto heriría gravemente al Régimen Ateo y Liberal instalado como consecuencia de Caseros. La gente no los quiere.

El espantoso escenario abarcará 500 leguas cuadradas y seis provincias andinas, histórica reserva moral de la Patria: Catamarca, La Rioja, Córdoba, San Luis, San Juan y Mendoza. Otras, cunas donde se mecía la Independencia, se conmoverán, como Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. Tropas de Santiago y Tucumán intervendrán en contra de las montoneras que brotan aquí y allá. Desenfrenadas todas. ¿Por qué no nos animamos a llamar a esto por su nombre: un Alzamiento Nacional contra el Liberalismo ensoberbecido y la Masonería iconoclasta?

Urquiza desde su Palacio San José, con el mejor ejército que tiene la Confederación, parte acampado en Arroyo Clé y parte en Arroyo de la China, junta unos 50.000 hombres, casi todos soldados veteranos, con los mejores generales bajo su mando, no se le moverá un cabello ante semejante carnicería. Cuando la heroica Paysandú fue demolida por las bombas de la escuadra brasileña y perecieron todos sus defensores con el Coronel Leandro Gómez a la cabeza, Urquiza decía que no quería que le hablasen del asunto, ni quiso ir a Colón para presenciar la dantesca escena que cantara con tanta pena Olegario V. de Andrade, Carlos Guido y Spano y más tarde el negro Gabino Ezeiza. Más de la mitad de los muertos de Paysandú fueron soldados entrerrianos que habían cruzado el río Uruguay, a pesar de las trabas impuestas por Urquiza, para colaborar con la defensa y luchar contra los imperiales de Pedro II aliados con el traidor Venancio Flores. Entre ellos el Capitán Rafael Hernández, hermano del autor del *Martín Fierro*, que se salvará a nado “con un hilo de la pata.”

Nada le importó a Urquiza, salvo los negocios y así llegó a vender todos los caballos del ejército a los *macacos*. No porque los necesitasen, sino porque los brasileños lo querían

ver de pie, inerme, como realmente quedó por treinta dineros. Para tantas muertes injustas, él siempre tuvo un justificativo: federal al aire libre y unitario en el despacho y en la logia que hizo un títere de él. Cada traidor tenía su excusa y disculpa. Para cada carta desesperada que llegaba pidiendo ayuda, había una explicación que le redactaba Victorica, su yerno, cornudo y cagatinta. Jamás se imaginaría el entrerriano que siete años después, Sarmiento, el ideólogo, responsable y promotor de esta tremenda carnicería, haría una guerra de exterminio en Entre Ríos con los mismos generales que derrotaron a *El Chacho* Peñaloza: Arredondo, Paunero, Rivas, Flores, reforzados con otros chacales uruguayos como el fusilador Ayala, el asesino del Teniente Coronel Cecilio Berón de Astrada, que vinieron a vengarse del sitio de Montevideo, porque no se le animaron a don Manuel Oribe, uno de los *Treinta y Tres* del general Lavalleja, cuando estaba vivo. Ni de viejo se le quisieron arrimar.

Democráticamente Sarmiento es elegido presidente

El 12 de junio de 1868 los colegios electorales de toda la República, sobre los cuales se cernían los dudas de Sarmiento desde el extranjero, mecido en los brazos de una abuelita protestante: Mary Mann (ella en sus reumáticos sesenta años, dos más que Sarmiento), alternados con los de su blonda hija, también en vías de momificación, aunque sin reumatismo (a las dos las tuvo en la cama junto con el árnica), lo eligieron Presidente, por una muy buena mayoría de votos. Pero el hecho de encontrarse ausente del país desde el 8 de abril de 1864; de no haber participado por ello en la contienda electoral; de no escuchar a los sectores más representativos del pueblo, ni haber pedido, según sus propias palabras, que lo eligieran Presidente, no será ningún inconveniente para que él crea, y lo repita todas las veces que pueda, de que ha sido nominado para el cargo democráticamente. Lo que, naturalmente, no es verdad.

Si bien no contó con el valioso soporte de Mitre, Presidente entonces, operó con apoyaturas de envergadura y desembozadas como la de la fuerza armada al mando de extranjeros, diseminada en puntos clave de la geografía nacional con el realismo y vigor de una ocupación foránea. El general Arredondo, por ejemplo, hizo dos revoluciones para imponer a Sarmiento y cometió todo tipo de atropellos y arbitrariedades, hasta que Mitre, siempre bonachón y complaciente, terminó cansado de sus mal andanzas lo procesó y destituyó. El gobernador Adolfo Alsina, por su parte, realizó todo tipo de violencias y barbaridades en la provincia de Buenos Aires para lograr que Sarmiento se impusiese en los comicios. Pero esto no fue culpa de Sarmiento, aunque, conociendo el paño, si hubiese estado presente resultaría lo mismo o peor de lo que aquí decimos.

En esa época no había otra forma de ganar una elección que no fuera a palos y balazos, proscripciones y destierros. El pueblo, con el que se llenaban la boca los liberales (como ahora) y que hacían figurar en todas partes desde 1810, no votaba: iba donde se le decía. El gobernador era el jefe del partido oficialista o un títere, local y obediente, que él había impuesto, cuando no se recurría al nepotismo.

Desde 1853 hasta 1916 ninguno de los gobiernos nacionales o provinciales fueron elegidos por el voto popular. Todos resultaron hijos del chanchullo de las logias, y los llamados representantes del pueblo en cámaras y congresos, aquellas de los discursos grandilocuentes, de la magna oratoria, eran todas correas del mismo cuero: la mentira vergonzante y la estafa pública. El primer gobierno que rompió con esta verdadera ignominia, fue el de don Hipólito Yrigoyen. Pero enseguida se volvió al fraude con el cuatrinomio liberal perfecto: Alvear, Justo, Ortiz y la excelencia en el Fraude Patriótico que fue Castillo. Recién en 1946 vuelve a darse una elección cristalina, diáfana, irrecusable. Tal vez la única que se recuerde de semejante prolijidad y limpieza.

Sarmiento ha sido un azote para San Juan

La administración de Sarmiento en San Juan en menos de dos años ha sido un completo fracaso. Particularmente la situación financiera es un desastre. El mismo lo reconoció varias veces ante Mitre. En carta del 3 de septiembre de 1864, por ejemplo, le dice que “la situación de San Juan es lamentable”, y agrega a renglón seguido que la circunstancia se ha vuelto “desabrida” y quiere escapar de ella. ¡Este es el hombre que luchó tanto para ser gobernador de su San Juan natal! En verdad, Mitre no sabe qué hacer con este portento. Entonces se le ocurre, como a todos los políticos hasta el día de hoy, sacárselo de encima dándole una misión diplomática, larga y lo más lejana que sea posible, lamentando que el globo terráqueo sea tan pequeño. Fue a San Juan el ofrecimiento de Mitre y Sarmiento lo pescó en el aire. Aceptó la misión siempre que su nombramiento sea cuanto antes, porque San Juan se le cae a pedazos y lo arrastrará irremisiblemente. Quiere además que se le gire una importante suma de dinero para su instalación: no tiene un peso y la fuente de Benita, otrora inagotable, hace tiempo que está seca.

El 30 de noviembre Mitre cierra el trato y le anuncia el nombramiento. Sarmiento hará un viaje por el Pacífico, pues debe ir a Chile y Perú primeramente (dos lupanares masónicos) y luego a los Estados Unidos (el Gran Lupanar), donde es nombrado por el Gran Oriente argentino como embajador plenipotenciario ante el Gran Oriente norteamericano para la celebración de un tratado de amistad masónica. Naturalmente, todo esto con dineros públicos: desde 1853 y hasta nuestros días la secta se financia del erario público y de la famosa “caridad”, en donde de diez pesos que se juntan, ponen uno y se llevan nueve. Ellos mismos lo dicen. No hay por qué contradecirlos.

El 8 de abril de 1864, después de hacerle unas líneas a Mitre, monta a caballo y parte de San Juan que queda, tras de sí, hecha una verdadera osamenta. Pero, en este caso, ¿podemos decir que parte o huye de San Juan? Porque un historiador sanjuanino ha dicho: “Aquel hombre, venerado en 1862, debía salir rodeado de la indiferencia pública en 1864.” Con Sarmiento, San Juan ha depurado sus pecados por varios años y al contado, Purgatorio incluido, aunque se ve le quedaba un saldo deudor, porque 80 años después le vino un terremoto que la redujo a cascotes.

Regreso de su viaje a los Estados Unidos y una pregunta

El 22 de julio de 1868 Sarmiento comienza a despedirse de sus amistades en los Estados Unidos. En la Universidad del Estado de Michigan, asiste a un acto público. Lo ubican a la izquierda del Presidente: sin duda es obra de la Mann que ha conseguido el privilegio. Porque a pesar de ser una matusalénica, Mary tiene su propio peso en amigos e influencias. En determinado momento, y a pesar de la sordera que ya lo trae mal y del inglés del que jamás pudo aprender una palabra, escucha una música celestial: su apellido. La Universidad lo acaba de designar *doctor honoris causa*. En realidad no es ninguna sorpresa, porque sabe que Mary Mann, a instancias suyas desde el lecho y con las friegas de salicilato, ha trabajado arduamente para tal nominación en la que hubo resistencias. Ahora Sarmiento tiene su doctorado, el que se le negó en su momento, a pesar de su insistencia e interposiciones amigos, en Chile y en Buenos Aires. Soñó con ser general, pero a partir de aquel momento es mucho más que eso: es un doctor de Michigan. Pero su desilusión llegará pronto cuando los porteños se rían del “doctor” y de su “doctorado”.

Sobre el viaje de regreso de Sarmiento, del cual él hace una memoria, hay algo que nos ha llamado la atención. Desde su partida de los Estados Unidos hasta su llegada al Río de la Plata, el océano Atlántico por el que transita, está infestado de naves

norteamericanas. Pero no son buques comerciales sino de guerra. Algunas veces aislados, como patrullando, y otras veces formando flotas. Así los encontró en Cuba, en Santo Domingo en donde sus habitantes defienden su tierra de la rapacidad de los yanquis, en Saint Thomas que los EE. UU. acaban de comprar a Dinamarca, en Pernambuco con navíos yanquis engalanados con banderas para saludarlo, en Bahía hay fondeada una escuadra de guerra norteamericana que lo saluda con veintiún cañonazos, en Río de Janeiro, camino a Montevideo, buques de guerra yanquis lo homenajean con salvas, e igualmente pasa en Montevideo. ¿Puede alguien decirnos qué misión tenía semejante despliegue naval norteamericano en aguas del litoral marítimo hispanoamericano, como un escudo o blindaje sobre hemisferio, cuando supuestamente todo estaba en paz con ellos? ¿Tal vez la guerra del Paraguay? No. Ya se había producido Humaitá: comenzaba el eclipse de Solano López. ¿Nos estarían cuidando los yanquis de una agresión soviética como preludio de una futura guerra fría? ¿No le parece al lector que esto tiene pinta de un auténtico bloqueo? ¡Dios mío: qué viejo es este tema!

A las nueve de la mañana 28 de agosto de 1868 llega al muelle de Las Catalinas en Buenos Aires donde una multitud lo ovaciona y lo traslada hasta su casa de la calle Belgrano, entre Bolívar y Defensa. En realidad de todo esto, lo único que dice Sarmiento en su memoria es que “fue una ovación en el muelle.” La multitud pertenece al gobernador Adolfo Alsina, orador, tribuno, caudillo, que ha seducido al populacho y buena parte del villanaje que se le han vuelto incondicionales. La muchedumbre no es para Sarmiento que ha regresado seducido por lo que ha visto en los Estados Unidos o, para decirlo con términos actuales, como un verdadero yanqui que, además, quiere que todos se hagan yanquis.

Este detalle que anotamos a las disparadas y que asemeja ser trivial, no lo es tanto si lo miramos bien. En verdad es un drama que padecemos como Nación desde mucho antes que Sarmiento se doctorase en Michigan. Si Sarmiento hubiese ido a la China, con seguridad hubiese regresado chino y nosotros seríamos ahora medio chinos. Nuestros políticos, intelectuales, pensadores, artistas, fueron y son así: han tenido la asombrosa capacidad de que se les adhiera a las meninges toda basura que ande dando vueltas en el lugar donde fueron a recalar. Ninguno vuelve como argentinos enriquecidos por una experiencia ajena. No. Regresan como ingleses, franceses o yanquis como en este caso. Han sido congénitamente incapaces de ver la cultura inglesa, por ejemplo, desde la óptica argentina, sino que ven la cultura argentina desde el punto de vista inglés. Resultando ser como extranjeros en su propia tierra o peores que extranjeros, porque hemos conocido de éstos que han amado a la tierra, como fueron nuestros tatarabuelos. No retornan con conocimientos que enriquezcan la cultura nacional, sino quieren hacer un trasplante demoliendo lo existente, aunque sea matando gente, villanía en la que son expertos. Así les fue a ellos y así nos va a nosotros que somos una consecuencia de ellos.

Del mismo modo nuestros marxistas de 1945 entendían más al cañero cubano que al cabecita negra del 17 de octubre. Y el Che Guevara con los muchachos de la FUBA entendían más a Jacobo Arbenz y a Fidel Castro que al General Perón que tenía una revolución en marcha.

La Masonería le rinde homenaje

El 23 de septiembre la masonería dará un agasajo a Mitre y Sarmiento en el Templo de la calle Cangallo (hoy 1242, Código Postal 1038). No es para menos: uno de sus leales servidores se irá y otro, tal vez más ferviente y apegado a la secta, pronto se hará cargo de la Presidencia de la Nación. Asisten al ágape unos doscientos masones. Son todas figuras distinguidas. En su mayoría funcionarios públicos o dirigentes políticos, verdaderas vichucas que viven del cuerpo tumefacto del erario público que, como ya hemos dicho, es una constante en los Hermanos para financiar sus andanzas y fechorías. Tal vez este

drenaje al fisco, sea el origen remoto de los famosos “gastos reservados”, que todos, desde el llano reprueban y, desde la cumbre, aplauden rabiosamente, mientras los de los costados no dice una palabra, porque saben que les pueden cortar la lengua con un serrucho.

A los postres Mitre aprovecha para espetarles un discurso, mientras los comensales ahítos, comienzan a regoldar. La alocución es masónica hasta el tuétano. Mientras habla va tocando con la espada flamígera las puertas sagradas del Templo, las dos columnas, el Sol, la Luna, el mallete, el compás y la escuadra que descansan sobre un ejemplar de lo que ellos llaman Biblia (que puede ser el Talmud, el Corán o como se descubrió en una logia que era un libro de páginas en blanco), los cortinados carmesí y se pregunta el farsante: “¿Qué es Sarmiento?”. ¡Vaya pregunta! De solo imaginarla me tiemblan las meninges. Hace cerca de ciento cincuenta años que nos la hacemos nosotros sin lograr respuesta. Sin embargo don Bartolomé la contesta fácilmente: “Un pobre hombre como yo –asegura el dueño de *La Nación Argentina* que ha torpedeado a Sarmiento desde que regresó-, un instrumento como éste –dijo levantando el compás- que la Providencia toma en sus manos para producir el bien...” Lo único que no dijo don Bartolomé es para quién era el bien. He ahí la cuestión.

Lo que no sabíamos nosotros era que la Providencia residía en Inglaterra. Así como las Biblias que reparten los protestantes no tiene pie de imprenta en Jerusalén sino en Nueva York, y Cristo parece que no nació en Belén sino en Cincinatti. Por eso es que estos mensajes son siempre instructivos. Al conjunto de estos “pobres hombres” elegidos por “la Providencia” desde Londres, porque el pueblo no los elegía, los periodistas y otros que no lo son pero que parecen, los han llamado en nuestra modernidad, como “gobiernos constitucionales”, que traducido quiere decir “bendecidos por Dios”. Ellos sufrieron una violenta interrupción el 4 de junio de 1943. Pero la “Providencia” después volvió, aunque ahora con residencia en Manhattan desde 1955. De donde decir que el Hijo de Dios nació en Belén es una antigualla, así como en la Edad Media los edificios más bellos eran las catedrales dedicadas a honrar a Dios; hoy también lo son, pero son Catedrales del Dinero para el Becerro de Oro, que son los bancos de Manhattan y las sucursales expoliadoras que les levantan a los sudacas.

Sarmiento asume la Presidencia

En la mañana del lunes 12 de octubre de 1868, Sarmiento vestido de frac y acompañado de amigos, llega al Congreso para prestar juramento. En la plaza hay bastante gente y en las barras no cabe un alma. Después del juramento el nuevo Presidente lee un discurso que todos saben se lo ha escrito Avellaneda, porque el día anterior ha leído el suyo a sus ministros y éstos, con excepción de Vélez Sársfield, lo han juzgado como “impresentable” y “propio de un irresponsable”. Entonces se decide por dirigir una arenga sin papel. Aterrorizados los ministros y otros allegados, por lo que podría decir el botarate, lo convencen de que no lo haga y encomiendan la tarea a Avellaneda, que pondrá medida y todos los paños fríos que fuere menester.

Parte de la concurrencia lo aplaude, aunque tibiamente. Se escuchan vivas a Mitre. También insultos, algunos muy graves relacionados con su situación marital y extra marital. Otros le gritan cobarde y por allí sonó un ladrón. Uno de estos improprios provoca una larga y sonora murmuración: parece que le dieron en la tecla. Entonces Sarmiento les grita rabioso el célebre “¡Cállense, déjenme terminar de leer esto!”. El “esto” era el mensaje a la Legislatura. Terminado el sainete y cerca del mediodía, se dirige a la Casa de Gobierno donde lo espera Mitre para la transmisión del mando.

Las escenas y los gritos soeces vuelven a repetirse durante todo el trayecto. De repente se escucha un “¡Viva el general Sarmiento!”. La lisonja ha partido de un grupo de bellacos que han juntado a rebencazos los alsinistas en Barracas (antes los juntaban a rebenque, después lo humanizaron con vino y empanadas). Sarmiento asombrado se detiene. Los mira y los saluda con la mano. Le gusta la alabanza: entonces todos los que lo rodean comienzan a dar vivas “al general Sarmiento”. Sigue la marcha, hay empujones y forcejeos en la entrada, hasta que al final el Padre del Aula llega al recinto donde lo espera Mitre. La sala tiene capacidad para cien personas, pero en ella hay mil y, para colmo, todos son mitristas. Media hora después Sarmiento jura como Presidente. Mitre sale con los suyos por la puerta del Socorro. El acto ha terminado y el mismo Sarmiento lo describe: “Jamás se ha presentado espectáculo más innoble y vergonzoso (...) En país alguno el decoro y la dignidad del Gobierno ha sido más ajado que en aquel acto solemne, si no es durante la Revolución Francesa.” ¿Y el jacobino, a dónde se le fue?

Sarmiento inaugura su presidencia destituyendo o echando a todos los funcionarios del gobierno anterior, algunos de ellos muy antiguos y respetables como fue el caso del General Benito Nazar. Cuando le preguntan por qué hace esto, responde que es lo que se estila en los Estados Unidos. En algunos ministerios la renovación llega a nivel de empleados. Pero en la Capitanía del Puerto, por ejemplo, ha echado a todos. Esta modalidad ha sido seguida por todos los presidentes que Dios nos ha dado hasta el día de hoy (inclusive en presidentes de un mismo partido). En total son 86.000 cargos públicos que tiene actualmente la Nación. Pues bien: cada cuatro años son 86.000 echados y reemplazados por 86.000 nuevos endo y ectoparásitos, sin que el pueblo sufrido y sufriente, note cambio alguno en su vida que no sea la flacura de sus bolsillos, desde luego, y son campanas de palo las razones de los pobres. Es decir: cambian todo de manera tal que no cambie nada. Con un par de leyes creen que han hecho una revolución. Pero la estructura del funcionamiento estatal queda resentida y los empleados de planta permanente saben que, para ellos, no hay escalafón: los tres o cuatro últimos cargos son siempre cubiertos a dedo, y otros a dedo del dedo. Entonces para acceder a estos cargos el empleado en lugar de ponerse a estudiar y aprender, se hace “militante” y, sobre todas las cosas, un reverendo canalla y especulador. Así se consigue el “puestito”, vegetando en los pasillos, se hacen vinchucas, hasta que encuentran la Parca que los seca.

Luis Piedrabuena y Urquiza

Entretenido en estas cosas estaba el “Grande entre los Grandes”, matizando el tiempo con hechos como la pateadura y puñetes que le dio al empleado Carlos Chapeaurouge en el despacho presidencial, de lo que se hace eco *La Nación Argentina*, que no le pierde pisada, y *El Nacional*, cuando vino a aparecer un héroe en los mares del sur. Se trataba del Luis Piedrabuena, que unos dicen era Capitán, otros que Teniente Coronel de Marina y pasó a la posteridad y al corazón de su pueblo como Comandante. El solo ha ocupado la isla Pavón. Trabaja incansablemente por la Patria. Trae un famoso cacique chileno como prueba del señorío y simpatía que tiene entre los aborígenes y pretende ocupar la costa del Estrecho de Magallanes. Pero, lógicamente, a esto no lo puede hacer sin la ayuda y consentimiento del gobierno nacional.

Habla con Mitre quien, en general, aprueba el plan del marino, incluido el balizamiento del canal. Le promete dinero y 20.000 hombres del Ejército para hacer la ocupación del estrecho. Mitre cumple con su palabra embarcando en el *Espora* todo lo pedido y víveres,

mas no con la fuerza armada, porque justamente en ese momento asume Sarmiento la primera magistratura. Entonces Piedrabuena, que solamente ha sido soldado toda su vida, tiene que hablar con Sarmiento con una gran adversidad: no sabe quién es Sarmiento, ni conoce su trayectoria en Chile como chileno, en San Juan como porteño y en Argentina como yanqui. Según Piedrabuena, “Sarmiento Inmortal” le dijo en aquella entrevista: “(...) que no tenemos marina; que costaba mucho mantener un buque de guerra; que estábamos muy pobres y que ese territorio más bien le convenía a los chilenos por ser el paso hacia el Pacífico, y que si poblaba con la guardia proyectada, tendría que vivir como perros y gatos con los chilenos; y, por último, que no había gente que darme. No me dijo que fuera o que me quedara; pero que procediera con prudencia con las autoridades chilenas” (Fragmento del *Memorial* del 13 de enero de 1872 dictado por Piedrabuena a su hijo y publicado mucho después por don Armando Braun Manéndez en su *Pequeña Historia Patagónica*).

Verá el sufrido lector que ha llegado hasta aquí, que esta monserga absurda de Sarmiento ha sido justificada por numerosos autores, mayoritariamente liberales, sin que falten entre ellos, algunos revisionistas. Para esto se escudan en que la guerra del Paraguay no había terminado: justificativo endeble. Primeramente porque toda la Patagonia, lo que es actualmente la provincia de La Pampa y media provincia de Buenos Aires estaba ocupada entonces por la indiada chilena llamada “mapuche” (desplazada del arauco chileno por el ejército y aliada de él de este lado de la cordillera). La toponimia de estas regiones los delata. A esto no lo podrán desmentir ni poniendo cien escribas a sueldo ni mandándole lavandina a destajo. También sabemos de localidades ocupadas, con total impunidad, por tropas regulares del ejército chileno pertenecientes a las tres armas, como fue el caso del Fortín Salto, a las puertas del despacho del Gran Sanjuanino. Seguidamente, el ahorro, la pobreza y la gente para hacer la patriada de Piedrabuena, parece que no existió en las tres guerras que le hicieron a don Ricardo López Jordán por tierra y agua, devastando una provincia y asesinando su gente sin conmiseración. Para matar criollos siempre existieron fondos y ganas. En la empresa de Piedrabuena primaba la grandeza de la Patria en su extensión; en la empresa contra el general López Jordán primaba la ideología de un partido político y el estrangulamiento del pueblo entrerriano. Los resultados están a la vista: hoy el Estrecho de Magallanes es chileno y de estos politicastros no se acuerdan ni los que tienen la obligación de recordarlos.

La muerte de Urquiza desata el drama

El lunes 7 de febrero de 1870, Sarmiento está de regreso de la visita que le hiciera a Urquiza en Concepción del Uruguay, capital de Entre Ríos por aquel entonces. Pero como está cansado se va a holgar en la isla Prócida, en el Carapachay, hasta el domingo 15. Los muelles y maternales brazos de Aurelia lo acunan a él, como paliativo a la gerontofilia de ella, porque bien podría ser su padre sin mucho esfuerzo. Son mejores que los huesudos de la más que sexagenaria Mary Mann, con quien aún se cartea. No pasaron veinte días de reasumido el cargo cuando llega una noticia tremenda: el Mariscal del Paraguay Francisco Solano López ha sido muerto en Cerro Corá el 1° de marzo de 1870. El Gran Caudillo se ha inmolado con todo su pueblo antes de arriar las banderas. Han muerto de pie para no vivir de rodillas. Es un ejemplo estremecedor. No hay festejos populares por esto. El pueblo conoce la verdad que ha ido trascendiendo por gotas. Solamente en algunos círculos liberales de Buenos Aires se han dado fiestas y los brindis copiosos celebrando este asesinato alevoso y el genocidio de un pueblo hermano. Son burgueses sibaritas: raza despreciada por el soldado. Ninguno de ellos ha sentido un tiro ni a diez kilómetros de distancia. Gallitos en la casa y gallinas en la plaza.

Ha pasado un mes de esto. Todo tranquilo para Sarmiento y su siesta. Hasta los Taboada se le han amansado en Santiago del Estero. Pero cuando se creía listo, como buen político, para armar chanchullos haciendo creer a la gente que lo blanco en realidad es negro, que el hambre en verdad es gordura y el malestar si bien se ve es bienestar, el miércoles 13 de abril le vino el baldazo de agua hirviendo: el lunes 11, en el Palacio San José, han “asesinado” a Urquiza y, casi simultáneamente en Concordia a su hijo Ubaldino. Los “asesinos” parece que responden al general Ricardo López Jordán. En verdad lo que le ha llegado a Sarmiento es un parte circunstanciado que no sabemos quién lo firma (si es que estaba firmado), ni quién se lo remitió, ni con qué intenciones, porque ese documento se ha perdido. No espera la comunicación oficial de la Legislatura entrerriana, que funciona normalmente y ha dispuesto reunirse el 14 para tratar la acefalía, ni los primeros resultados de las actuaciones de la justicia que están en marcha. No. Este parte escueto, que a nivel presidencial no pasa de un chisme, es suficiente para desatar la ira de Sarmiento que él siempre ha confundido con la justicia. “¡Ha muerto el vencedor de Caseros!”, se le oye rugir en los pasillos solitarios de la Casa de Gobierno. Sí. El mismo. El mismo hombre al que en vida, Sarmiento no se cansó de insultar, calumniar, maldecir, injuriar, vituperar e, inclusive, tramar su asesinato y proponer su muerte como única solución para su partido. El hombre sobre el cual derramó, durante años, el más puro vitriolo sarmientino. ¡Ahora es un mártir para el Padre del Aula!

Pero, ¿quién mató a Urquiza? En realidad no se sabe. La partida que lo fue a detener parece haber estado comandada por el Mayor Simón Luengo, veterano de Cepeda, Pavón y Paysandú. Hemos leído las actuaciones sumariales que constan de más de mil hojas manuscritas de ambos lados. Allí están todos los testimonios, incluido el de doña Dolores, esposa de Urquiza, de sus hijas, de Victorica, de la servidumbre y soldados. Han sido todos, prácticamente, testigos presenciales del drama. Fue Urquiza el que disparó primero a la cara del soldado que pretendió detenerlo, arrancándole la mejilla derecha. Y este soldado es el que, en defensa propia, disparó inmediatamente su tercerola asestandole al caudillo en la cabeza. Sería un caso para que lo dirima un juez. Porque la reacción de Urquiza fue provocada por un intento de detenerlo o secuestrarlo en su domicilio, y por ello debió temer por su vida. Pero no cabe duda que su intención, al disparar a quemarropa, fue de matar al soldado. Una respuesta descomunal para quien sólo intentaba detenerlo. Erró el tiro, que es distinto. A su vez el soldado, atribulado por un disparo a cincuenta centímetros de su cara que lo hiere, temió por su vida e hizo su disparo, con la única diferencia de que no erró. Pero, ¿acaso entra esto en la definición de asesinato? Creemos que no. Gracias a la Santa Madre de Dios no soy abogado, pero creo que no.

Curiosamente el voluminoso expediente no tiene elevación. Menos sentencia. Aunque no sería raro que hayan arrancado estos folios que son los últimos, porque en ningún lado consta cuantos folios tiene. Sea una cosa u otra, ¿por qué será? ¿Porque el dictamen no fue favorable a Urquiza y sale a relucir lo de la legítima defensa, dejando de ser “el asesinado” que suena más terrible y lacrimógeno? Por esto, que ni aún hoy sabemos cómo ocurrió, se declararon tres guerras contra Entre Ríos (1870, 1873 y 1876). Pero observe el lector que este “asesinato”, clave de las guerras jordanistas, no ha sido tratado en profundidad por nuestros historiadores y los más prolijos le han dedicado un renglón, pero eso sí: dejando por sentado que fue un asesinato.

Ultimo antecedente: Sarmiento asciende a general

No nos explayaremos demasiado en este luto nacional que fueron las guerras jordanistas. Recordaremos que en Rosario, el 15 de noviembre de 1873, Sarmiento estrenó las ametralladoras Gatling (introducida en nuestro ejército como cañón revólver), que traía en el vapor *Emilia*. Pero como Sarmiento es educador y Director de Escuelas, aprovecha la larga muralla del Colegio Nacional para probarlas ante el estupor de los vecinos que no pueden creer lo que está haciendo el señor Presidente y Maestro Ejemplar. No sería lo último. El 19 llega a Paraná y hace ametrallar las paredes de la Escuela Normal, digamos que siempre en el ámbito educativo, aunque con bandas de música. La gente de la ciudad piensa que se ha vuelto loco. Unos 24 días después las Gatling serían probadas contra los jordanistas en la batalla de Don Gonzalo, juntamente con los cañones Krupp de retrocarga y balas de fusil explosivas. Resultado: 2.500 muertos del lado de López Jordán en 6 horas de combate (400 muertos por hora): cuatro veces más que lo muertos de Malvinas en tres meses de lucha. Fin de la segunda guerra jordanista. Los corajudos gauchos entrerrianos que se ofrendaron en más de cien cargas de caballería, aprendieron lo que significa la palabra civilización, traída de la mano del civilizador Sarmiento.

También dejamos de lado aquel escándalo que se desataría a mediados de 1875 cuando se descubre que Sarmiento cobra tres sueldos del Estado: el de Coronel, el de Director del Arsenal de Zárate y el de Senador Nacional. Quien levantó la polvareda fue el diario *La Prensa*. Esto nos causó estupor por venir del paradigma de las virtudes cívicas. Pero mucho mayor fue el desencanto cuando, investigando, encontramos que eran cinco sueldos los que percibía el "Maestro Inmortal", y no tres como informaba el periodismo. En efecto: a los anteriores habría que sumarle el de Director de Escuelas y el de Presidente de la Comisión del Parque Tres de Febrero. Más grave se torna esto cuando sabemos que de todos estos puestos Sarmiento solamente ejercía uno: el de Senador Nacional y sabemos que al Arsenal de Zárate ni lo conocía. En carta a su amigo Posse le dice que su percepción de haberes ha sido normal y que no ha pasado un mes que no los haya cobrado. Por esta razón podemos decir, sin hesitación, que Sarmiento era un hombre adinerado entonces y siendo empleado público tenía un administrador, como los ricachones, que fue don Manuel Ocampo. De manera que la pobreza sarmientina cantada por sus panegiristas en loas, es un cuento chino hecho y derecho. La pobreza de Sarmiento es como la pobreza de San Martín: para la gilada. Pero Dios Misericordioso, que todo lo sabe, que todo lo puede, que todo lo ve, ha sido magnánimo con nosotros: la cosecha de giles nunca se acaba. Por lo que se puede decir que la producción de giles en Argentina es constante.

El 12 de octubre de 1874 es Presidente de la Nación don Nicolás Avellaneda. A mediodía Sarmiento ha pasado a ser un ciudadano más. Aunque tiene 64 años y algunos meses, parece un verdadero anciano. Sus panegiristas han echado a correr la noticia de que está pobre y arruinado. Por eso su vida es austera y solamente recibe el sueldo de Coronel. Sobre esto lo único que nos consta es su ruina física que ha quedado grabada en los daguerrotipos y que está completamente sordo. Pero también sabemos que tiene una gran vitalidad. En cuanto a su pobreza, acabamos de ver que no fue así. Pero sus admiradores insisten sobre tema al extremo que la noticia llega a los oídos de Avellaneda.

Preocupado don Nicolás y pésimamente asesorado, se conmueve con la noticia de que Sarmiento está al borde de la indigencia. Lo que no sabe Avellaneda es que Sarmiento desde hace muchos años lleva una vida muy austera, y de allí su aspecto de bohemio, con trajes viejos y desgarrados, zapatos varias veces zurcidos, la corbata grasienta y los

cuellos de las camisas deshilachados y portando un olor insufrible que hace un martirio el estar junto a él. Toda la plata que percibe, Ocampo se la deposita en el banco y él, desde allí, la saca a cuentagotas. No es como cuando gastaba el dinero de Benita a manos llenas. Ahora la que gasta es su plata y eso lo ha vuelto cuidadoso antes que generoso.

Condolido por esta noticia Avellaneda, que lo hace en la miseria, le manda a decir que le pida lo que quiera. Sarmiento le contesta que le nombre un edecán y que le permita mandar cartas sin pagar el franqueo, que vienen a ser dos sablazos más al Estado, aparte de los cinco anteriores. La petición es inmediatamente concedida. Avellaneda, que realmente admira a Sarmiento (y al que le debe la Presidencia), le parece poco lo que le ha pedido este Hombre Maravilloso, e insiste en que le pida más. Sarmiento no sabe qué mangarle, porque en realidad tiene todo lo que él ha querido y ambicionado. ¡Si hasta es doctor en Michigan! (pero lejos, muy lejos de Michigan, que en esto los yanquis son muy cuidadosos). Mas hay algo que nunca se lo han concedido: ¡el grado de General! (¿o el sueldo de general, cuál será más importante para el Gran Patriota Americano?). Entonces le manda a decir a Avellaneda que quiere ser General.

Nosotros nos imaginamos la cara de don Nicolás que era un buen hombre y muy honesto. ¿Se habrá reído, llorado o las dos cosas a la vez? ¡Qué petición! Y ahora, ¿qué hacer? Para su ascenso debe intervenir el Congreso. Seguramente habrá debate y no se sabe cuántos trapitos al sol podrán salir del Padre del Aula Sarmiento Inmortal. Pero Sarmiento lo ayuda y le manda sus méritos militares que, a duras penas, inflándolos, entran en una carilla. Es una risa: con esos antecedentes podría ser, con dificultad, Cabo Primero a cargo de una caballeriza. Entonces Avellaneda manda un mensaje muy sobrio a la Legislatura proponiendo el ascenso a General del “señor Sarmiento” (se le olvidó al Presidente que Sarmiento era Coronel). La propuesta tiene fecha jueves 15 de octubre y fue tratada en sesión del día lunes 19 y, por gran mayoría de votos, Sarmiento es General de la Nación. En el diario de sesiones de la Cámara no existen constancias de la lectura del mensaje presidencial, ni que se lo haya tratado sobre tablas, señal evidente de que el tema fue considerado y resuelto en sesión privada o secreta.

A las dos y quince minutos del día 11 de septiembre de 1888, que amaneció martes, Sarmiento entro al Gran Oriente do mora Minerva y su mochuelo incansable comedor de aceitunas, en la ciudad de Asunción del Paraguay. Su entierro se realizó en la Recoleta de Buenos Aires el 21 de septiembre bajo una tenue garúa. Juárez Celman, con quien Sarmiento se limpió la boca denigrándolo, le decretó honores de Capitán General.

FINAL DE LA CUARTA PARTE Y DE SARMIENTO MILITAR